

SS
SERVICIO SECRETO

BB



LA HIJA DEL GANGSTER

clark carrados

LA HIJA DEL «GANGSTER»

CLARK CARRADOS

**LA HIJA
DEL "GANGSTER"**

1.^a EDICION
JULIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALEFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 12865 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 1151/62

Todos los 'personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

738. — Límites de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

620. — A las 11, sesión de tiro.

En Colección BUFALO:

438. — Capitán Fracaso.

En Colección CONGO:

6. — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:

307. — La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

294. — Comerciantes en balas.

En Colección COLORADO:

228. — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

204. — La hija del *sheriff*.

En Colección PUNTO ROJO:

9. — La viuda viste de rojo.

La HIJA del GANGSTER

por
CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que me abrió la puerta de la archilujosa mansión, tenía estampada en el rostro y en su aspecto personal la profesión. Podría haberse puesto sobre el pecho un cartel: PISTOLERO; el resultado habría sido el mismo. Se conocía a la legua lo que era. O quizá esté mejor dicho lo que había sido.

Era una montaña de músculos, que se transparentaban como nudos de madera en un añejo olivo, a través del bien cortado traje que vestía. Su rostro estaba surcado de cicatrices de norte a sur y de este a oeste. Y sus manos... Procuré no mirarlas para no sentir un segundo escalofrío.

—¿Sí? —dijo secamente.

—Kevin Shadd —contesté con el mismo laconismo.

—Soy Nute —respondió—. El jefe le está esperando. Pase.

Me quité el sombrero y entré en la casa. El aspecto exterior, como he dicho, era de superlujo. Renuncio a describir el interior, porque no tendría suficiente con todas las páginas de esta novela.

Nute me condujo a través de un vestíbulo capaz de substituir con ventaja al de Buckingham Palace, subiendo después por una escalera como la de Jacob, aunque sin ángeles, por supuesto, hasta una habitación que parecía el hangar de un dirigible.

En el centro de un monumental lecho había un hombre. Estaba ya muy gastado por el paso de los años, pero sus ojos aún conservaban el mismo tono y brillo que le habían hecho en tiempos tan famoso como otro de su misma cuerda: Al Capone. Ahora era una ruina física, pero sus ojos seguían

siendo los mismos, aquellos que dieran origen al apodo: «Iceberg». Y el nombre completo era Burl Kessler.

Kessler había cometido —o mandado cometer—, más crímenes de los que uno puede contar con los dedos de las manos propias y de las de una docena de buenos amigos. Y todavía vivía. ¡Qué cosas!

Pero su forma de vivir no era para ser envidiada, pese a la mansión en que residía y pese a que nadara en la abundancia. Encadenado al lecho de por vida —la poca que ya, indudablemente, le quedaba—, a causa de un balazo recibido años atrás en la espina dorsal disparado por un siciliano vengativo, que había recibido inmediatamente más plomo del que puede sostener un hombre con ambas manos, ya no se movería de la cama jamás. Y contento podía darse con haber salvado la vida, después de tantas como habían sido cortadas por las manos de sus hombres, cuando no por las suyas propias.

Me intrigaba la llamada recibida de un tipo así. En circunstancias ordinarias, no hubiera acudido; uno, a fin de cuentas, es muy cuidadoso con su patente de detective privado, que es tanto como decir el pan cotidiano. Y yo cuidaba a mí licencia como al más querido de mis hijos... cuando los tenga; que todavía sigo soltero, a Dios gracias.

El león inválido y yo nos miramos, separados por toda la longitud de la cama. Nute se colocó a un lado, contemplándome estólidamente. Pero yo sabía que al menor movimiento sospechoso, su mano derecha se movería con la velocidad del rayo y una pistola vomitaría contra mí media docena de balazos antes de que hubiera tenido tiempo de toser dos veces.

—De modo que usted es Kevin Shadd —dijo Kessler.

—Sí.

—¿Usted me conoce?

—Leo la Prensa, Kessler —deliberadamente omití el «señor». Podría haber sido muy rico y poderoso, y, evidentemente, todavía lo seguía siendo, pero no era un «señor».

—Entonces, su opinión acerca de mi debe ser detestable.

Medité unos momentos.

—¿Me ha llamado usted para darme un encargo o para pedirme una opinión? —pregunté.

—El encargo depende de la opinión, Shadd —contestó el león inválido.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. La voz del viejo sonó como un trallazo.

—¡Espere!

Me volví en silencio desde la puerta.

—Acérquese, Shadd —gruñó el viejo—. Ahora ya conozco su opinión —extendió hacia mí un dedo sarmentoso, el mismo que en sus años mozos había movido tantas veces el gatillo de una pistola... hasta que fue lo suficientemente poderoso como para que otros lo movieran por él—. Pero

me importa un rábano.

—Lo celebro —respondí fríamente.

—Usted está pensando que lo he mandado llamar para encargarle algún trabajo sucio, ¿no es eso?

Apreté los labios, sin contestar directamente.

Kessler siguió.

—Tengo gente por ahí que haría cualquier cosa sin más que un movimiento de pestañas. Pero ya no quiero más líos. Desde que aquel maldito siciliano me metió una bala en la espina dorsal, he pensado mucho y he resuelto abandonar esta vida. Mire, solo está Nute a mí lado; el único de mis compañeros que no se ha querido marchar.

—Lo celebro —contesté fríamente—. Y, ¿por qué no encarga a Nute que le haga ese trabajo?

Los dientes del viejo chirriaron.

—¿Y quién quedaría aquí para cuidarme? Tengo una servidumbre, es cierto, pero todos ellos ignoran mi verdadera identidad. El único que conoce la verdad... y sabe manejar las armas, es Nute.

—Comprendo. Usted sigue necesitando un guardaespaldas.

—Exactamente. Por eso no puedo desprenderme de Nute. Además, hay otra razón poderosa. Compare su aspecto físico con el de Nute. ¿Qué es lo que ve?

—Se ve solo —respondí secamente.

—Usted es joven, bien parecido y puede pasar por un abogado, un oficinista o hasta un actor de cine. En cambio, a Nute se le ve enseguida lo que es... perdón, muchacho —se dirigió al gorila—, lo que has sido. Y yo necesito una persona de físico absolutamente normal para que cumplimente el trabajo para el cual le he mandado llamar. ¿Recibió mi cheque de quinientos dólares como anticipo?

—Sí.

—Lo celebro. Si consigue lo que deseo, le daré una cantidad veinticinco veces superior.

Sentí que el estómago se encogía de pronto. Veinticinco por quinientos... a ver, las matemáticas no han sido nunca mi fuerte... Doce mil quinientos, eso es.

—Ya tiene usted quinientos a cuenta —siguió el viejo—. Cuando me haya solucionado todo satisfactoriamente, le daré doce mil más. Eso hará la cuenta justa. ¿Hace?

—Conforme. Y ahora, explíqueme cuál es el trabajo.

El arrugado semblante del viejo se ensombreció.

—Escuche. Tengo una hija de veinte años. Se llama Morgana. Debería sentirme orgulloso de ella, pero no es así. Y digo que debería sentirme orgulloso, porque ha heredado mi carácter, mi tenacidad, mi orgullo... en fin, todo lo mío. Pero está siguiendo un camino equivocado.

—Y usted quiere que yo la aparte de esa senda.

—Exactamente. Oh, no es un camino que lleva al crimen pero puede conducirla a algo peor quizá. Se ha juntado con un grupo de amigos... Viven todos en una casa situada en Table Ridge. La casa es mía, bueno, de Morgana. Se la regalé a ella, entre otras cosas, al cumplir los dieciocho años, cuando salió del colegio donde estaba internada. Estuvo conmigo cerca de un año viajó un poco y de repente se marchó a Table Ridge.

»En el primer momento, no le dije nada. Era lógico que, siendo joven, se sintiese un tanto deprimida por vivir al lado de un viejo inválido como yo y que buscara aires más alegres, un ambiente más en consonancia con su edad. Pero no fue así.

»En torno a Morgana se ha reunido una pandilla de vividores de ambos sexos. Son gente que, según ellos, abominan de la sociedad actual y de las conveniencias sociales. Dicen que nuestra sociedad debe ser destruida y arrasada hasta los cimientos, para construir sobre los escombros un nuevo mundo donde nadie haya superior a otro y donde todos seamos iguales.

—Eso también lo dicen los comunistas —observé pensativamente.

—Sí —gruñó Kessler—. Pero ellos, me refiero a esos tipos que rodean a mí hija, a los parásitos, hablando claro son gente que no han dado golpe en su vida, repugnantes aduladores que tratan de vivir bien y cómodamente a cuenta de mi dinero... Bueno, del que yo le entrego a Morgana para sus gastos. No me importaría que lo derrochara en esto o en aquello, en viajes, en fiestas, en divertirse... pero en mantener a una colección de vagos, cuyo mayor trabajo, en todos los días de su existencia ha sido el de quitar el embozo de la cama para acostarse... eso me pone frenético se lo digo de verdad, Shadd.

Reí para mis adentros. Un hombre que había amasado una colosal fortuna por medios que no se pueden repetir sin sentir sonrojo, encolerizándose porque una pandilla de vagos estuviese aprovechándose indecorosamente del dinero tan «duramente» ganado. Era como para tumbarse de risa... si no hubiese estado Nute delante.

—Bien —dije—, pero eso tiene una fácil solución. Suprima la asignación monetaria a su hija Morgana y la colmena se vaciará de zánganos automáticamente.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Lo intenté una vez. A las veinticuatro horas, recibí un anónimo en el cual se me decía que, si no dejaba que las cosas siguieran como estaban, podrían ocurrirme a mí dos cosas: una, que Morgana se enterase de quién es su padre. Otra, que la aficionarían a las drogas de tal forma que no habría médico en el mundo capaz de curarla.

—¡Cómo! —exclamó lleno de estupefacción—. ¿Acaso Morgana desconoce quién es usted? Pero lleva el apellido Kessler, ¿no? ¿O es que

usa otro?

El viejo rezongó algo entre dientes.

—Ella no lo supo nunca. Estuvo... aunque le parezca raro, interna en un colegio de monjas y yo les prohibí que le dieran ningún periódico. Pero cuando me ocurrió el accidente, se enteró. Entonces yo le dije que el Kessler a quién habían herido era mi hermano gemelo, de quien nunca le había querido hablar a causa de sus pésimos antecedentes. Yo fui herido, según mi versión, porque el pistolero que disparó contra mí, me confundió con mi hermano gemelo.

—¿Y ella lo creyó?

—Sí. Aceptó la verdad, máxime cuando le dije que yo había sido un honrado negociante que había trabajado duramente, de firme, durante toda la vida para reunir la fortuna que actualmente disfruto y que mi inexistente gemelo había sido la oveja negra de la familia y que, por tanto, no me trataba con él desde hacía muchísimos años, antes, incluso, de que Morgana naciera. Mi hija lo creyó lo cual no le ha impedido cometer la tontería de Table Ridge.

—¿Y de las drogas, que me dice?

—Ya fuma marihuana, aunque solo un par de cigarrillos al día. Cuando le dije que iba a suprimirle la pensión, me contestó que le era igual, que ya se las arreglaría como pudiera para vivir. Usted sabe seguramente lo fácil que es aficionarse a las drogas. Y ese canalla haría efectiva su amenaza, sin duda, y le suministraría más marihuana, hasta que Morgana empezase a encontrarla insípida. Entonces, pediría algo más fuerte: «coca», heroína y mil diablos más, ¿comprende?

Saqué un cigarrillo del bolsillo y me lo puse en la boca, mientras miraba fijamente al viejo. ¿Era lo que le estaba sucediendo a su hija Morgana lo que vulgarmente suele llamarse una venganza poética? Él vivía, después de haber hecho morir a más de un centenar de personas, sin contar los innumerables aficionados a las drogas que habían caído víctimas de tan terrible vicio como consecuencia de las manipulaciones del *gang* que había dirigido en otros tiempos. Y ahora, su hija corría el riesgo de convertirse en una morfinómana o algo por el estilo.

—En resumen —expresé—, ¿qué es lo que quiere usted?

—Vaya a Table Ridge. Busque al tipo que me extorsiona y hable con él. Dígale que pida dinero, todo el que quiera, se lo daré para que siga cometiendo tonterías en otro sitio. Fíjese que estamos en Florida; le haré que se vaya al extremo opuesto de la nación con cien, doscientos mil dólares. Pero también con la garantía de que no volverá a intentar nada contra mi hija y que guardará el secreto de la persona que soy. ¿Me ha comprendido usted?

—Sí —respondí—. Yo hablaré con el tipo y actuaré de intermediario. Pero no le revelaré a usted su identidad.

—¿Por qué? —Las cejas del viejo se encrespaban.

—He oído hablar demasiadas cosas de usted, Kessler. Podría sentir la tentación de pedir un favor a alguno de sus amigos y acabar con el chantajista a tiros. Posiblemente se lo merezca, pero no quiero hacerme cómplice de algo que pueda parecer un asesinato ni remotamente de lejos, ¿estamos?

Una perversa mueca, que quería parecer una sonrisa apareció en los labios del viejo.

—Entiendo. Pero, ¿cómo se pondrá en contacto conmigo cuando haya descubierto al chantajista?

—Ya me las arreglaré —dijo—. No se preocupe. Cuando todo esté listo, recibirá usted un aviso mío para que me prepare el dinero. Y le advierto, en primer lugar, que entregaré al individuo la cantidad convenida íntegramente. Y en segundo, que si puedo sacarle la renuncia —expresémoslo así—, por cincuenta mil dólares, no le daré cien mil, desde luego.

Kessler me miró con mal disimulada admiración.

—Es usted ferozmente honrado, amigo —dijo.

Aplasté el cigarrillo consumido contra un cenicero. Mientras lo hacía, miré al viejo.

—Todavía estamos en un mundo en el cual da gusto ser honrado, Kessler.

Tomé el sombrero y me dirigí hacia la puerta.

—¡Aguarde! —exclamó el viejo—. No me ha preguntado dónde está Table Ridge.

—Lo buscaré. No se preocupe. ¡Ah, una cosa! El anónimo que le envié el tipo, ¿fue por teléfono o escrito?

—Ninguna de las dos cosas —contestó el viejo, sorprendentemente.

Levanté las cejas. Mi gesto era significativo.

Kessler metió una mano bajo la almohada y extrajo un papel amarillo, en el cual reconocí de inmediato el típico mensaje telegráfico.

—Tome, léalo.

Avancé hacia la cama y cogí el papel. Leí su contenido.

Era el siguiente:

«Enterado próxima supresión asignación, ruégole reconsidere decisión. Morgana podría enterarse realidad. Entonces tratamiento médico contra infección resultaría inútil. Por favor, siga manteniendo asignación.

Firmado: Joe».

—¿Quién es Joe? —pregunté tontamente.

—Uno de los ocho o diez ganápiros que viven en Table Ridge a costa de mi bolsillo —masculló el viejo.

Me guardé el telegrama en el bolsillo.

—Esto puede darme una pista para descubrir al zángano. Veo que el telegrama ha sido puesto en la estación de Telégrafos de Punta Gorda. Quizá el empleado, pueda decirme algo.

—Sí, es una buena idea —concordó el viejo. Luego preguntó—: ¿Y cómo piensa introducirse usted en Table Ridge?

Emití una sonrisa adecuada a las circunstancias.

—Convirtiéndome en un zángano más —respondí.

CAPÍTULO II

Salí de la mansión donde residía el «gangster» retirado. Al detenerme al pie de la escalinata de acceso al enorme pórtico, me detuve unos instantes, aspirando el aire a pleno pulmón.

La vida tiene esas cosas raras. Uno se pasa el tiempo echando pestes de los «gangsters» y demás ralea, y en ocasiones, incluso, combatiéndolos, y luego, de modo sorprendente, acaba entrando al servicio de uno de ellos. Por supuesto, para un trabajo lícito y decente, como el de desenmascarar al rufián que era el tipo que había intentado chantajear al viejo.

Pero, ¿cuántas veces había hecho Kessler lo mismo? ¿A cuántos no habría sacado el dinero por innobles procedimientos? Era como para tumbarse de risa en el suelo. La vida se le volvía contra él y precisamente en el ser más querido: su propia hija.

Había oído hablar de Kessler muchas veces. Y ninguna de ellas para nada bueno. Pero su habilidad, su dinero y los buenos abogados le habían librado de la silla en más de una ocasión. Y en más de una ocasión me había dicho yo a mí mismo que si un día tuviera un individuo semejante al alcance de mi mano, apretaría el gatillo de mi pistola sin vacilar. Y ahora que la ocasión se me había presentado... Pero, ¿por qué iba a hacer yo lo que los jueces y los jurados no habían querido hacer? ¡Al infierno con todos! Doce mil dólares me esperaban por encontrar a un chantajista y esta era ocasión que no debía desperdiciar en modo alguno.

Avancé hacia mi coche que había dejado un poco más allá. La casa estaba rodeada por un espeso parque arbolado, en el cual abundaban los cipreses y palmeras. Di la vuelta para pasar al lado del volante y en aquel momento divisé un chispazo anaranjado es el fondo oscuro del parque.

Algo pasó soplándome el rostro, al mismo tiempo que oía una fuerte detonación. Sin vacilar me zambullí de cabeza al suelo, justo en el instante en que una segunda bala hería con metálico chirrido la carrocería del coche.

Me arrastré por debajo de este, pasando al otro lado a costa de arruinar mi traje contra la gravilla de la explanada. Sonaron dos disparos más, uno de los cuales hizo trizas el faro derecho del vehículo.

Saqué la pistola y levanté cautelosamente la cabeza. Era de noche, y aunque en el cielo brillaba la luna con fuerza, el parque era una masa sombría que no permitía ver nada de lo que había en su interior.

A mis espaldas se abrió la puerta y sonaron voces asustadas. Me volví airadamente.

—Métanse adentro o tirarán también contra ustedes —rezongué.

Mi predicción resultó exacta. Un instante después, el individuo emboscado largaba un tiro contra la puerta. La distancia, quizá, era un tanto excesiva, porque el proyectil chocó contra una de las columnas que sostenían el pórtico, rebotando con estremecedor sonido, menos agudo, sin embargo, que los chillidos que empezaron a soltar los miembros femeninos de la servidumbre de Kessler.

Alguien corrió hacia mí, apostándose a mí lado, tras el coche. Vi brillar una pistola en la mano de Nute.

—¿Quién diablos está tirando? —gruñó el gorila.

—¿Cómo rayos quiere que lo sepa? —respondí de mal talante—. Salí de la casa y empezaron los tiros, eso es todo.

—Espere aquí —dijo Nute—. Yo voy a...

El gorila no pudo decir nada. En aquel momento se oyó un chillido agudísimo.

Nute y yo volvimos la vista al mismo tiempo. El grito procedía del piso superior, exactamente de la habitación donde descansaba el viejo «gangster».

El grito se repitió. Era una llamada angustiosa, aterrorizada.

De pronto se extinguió la voz del viejo, transformándose en un inhumano gorgoteo. Y luego, el silencio.

—¡Es el patrón! —exclamó Nute, de pronto.

Eché a correr hacia arriba. Y yo le seguí sin pérdida de tiempo.

El emboscado no disparó más contra nosotros. Penetramos en la casa, atravesamos el vestíbulo huracanadamente y subimos al cuarto donde estaba Kessler.

Apenas hubimos cruzado el umbral, comprendimos la causa de sus gritos. El viejo «gangster» nos miraba con ojos llenos de espanto.

Pero no hablaba, no podía decirnos nada.

Generalmente, no se puede hablar cuando uno tiene clavado en la garganta un puñal hasta la empuñadura.

Corrimos hacia la cabecera del lecho. Inexplicablemente, Kessler vivía todavía. Pero era evidente que iba a morir antes de un minuto.

Quería decirnos algo, se veía en el gesto. Con un espasmo de dolor movió la mano derecha.

Comprendí al instante lo que quería decir: pedía papel y un lápiz.

—Algo para escribir, pronto, Nute —grité, tratando de dominar las náuseas que me producía el espectáculo.

Nute buscó en un secreter que había en el dormitorio. Corrió hacia la cabecera del inválido con un bloc y una pluma de bola. Puso esta en la sarmentosa mano de Kessler, aguantándosela con la suya propia, en tanto que con la otra sostenía el cuaderno.

Un estertor horrible se escapaba de los labios del moribundo, junto con un chorro de sangre que se extendía por la almohada y el lecho. Sin hacer

caso de ambas cosas; Nute le ayudó a escribir.

No escribió mucho, ciertamente. Movi6 la pluma con suma torpeza, y, de repente, pese a la presi6n de los dedos de Nute, se le cay6 de entre los suyos sobre el embozo lleno de sangre.

Arranqu6 el bloc de manos de Nute, sin preocuparme de m6s. Aquella p6gina pod6a ser una pista preciosa para hallar al asesino.

Kessler hab6a escrito solamente cuatro palabras. Eran estas:

Mi... otro... es verdad...

Levant6 los ojos hacia el viejo «gangster». Cuando vi su aspecto, comprend6 que se hab6a cumplido en 6l el adagio b6blico. Hab6a matado por el hierro, y por el hierro hab6a muerto.

CAPÍTULO III

Estaba terminando de afeitarme varios días después de la muerte de Burl Kessler cuando oí que llamaban a la puerta de mi apartamento.

Terminé de secarme la cara y salí del cuarto de baño. Crucé el vestíbulo, abrí la puerta y me encontré con Nute cara a cara.

El antiguo pistolero se quitó el sombrero, cosa rara en un tipo como él.

—¿Puedo hablar con usted, señor Shadd?

—Por supuesto —contesté, echándome a un lado—. Vea, allí tiene de beber, si quiere. Excúseme mientras termino de asearme.

—Sí —contestó lacónicamente.

Unos minutos después, me hallaba de nuevo frente a Nute. Este permanecía inmóvil en el mismo lugar que le había dejado, sin haber hecho el menor gesto para tocar la botella de *whisky* que había sobre un aparador.

Yo me serví un trago. Esto ayuda mucho, a veces, y la presencia de un tipo como Nute, pese a que viniera, según parecía, con intenciones tranquilizadoras, no era para mantener el ritmo normal del corazón.

—¿Y bien? —le dije.

—Usted recibió un encargo.

—Sí. Pero ahora el hombre que me lo hizo está muerto.

—No importa. Siga adelante, señor Shadd.

Le miré con extrañeza.

—¿Quiere que arranque a Morgana Kessler de las garras de esos vampiros?

—Sí.

—¿Por qué?

—El viejo lo quería así. Es preciso respetar su última voluntad.

—¿Para qué? Morgana Kessler es ahora dueña de todo el dinero y puede hacer su real voluntad, Nute.

—¿Y dejar que ese tipo le descubra la verdad de quién fue su padre? ¿Es que no leyó en los periódicos la muerte del rico industrial, retirado por motivos de salud, Brent Kessler, asesinado por equivocación?

—Sí, estos días los periodistas se han frotado las manos de satisfacción. Aquella puñalada les ha dado muchos beneficios extraordinarios.

—También han dicho que desde hace unos años el famoso jefe de «gang» Burl Kessler está retirado en alguna parte del mundo, tan retirado que no compareció a los funerales de su hermano. ¿Se da cuenta de lo que esto significa, señor Shadd?

—Para Morgana Kessler, sí. Para mí, nada —respondí volublemente.

Con toda parsimonia, Nute metió la mano en el bolsillo y me tendió el amarillo papel de un mensaje telegráfico. Mientras lo desdoblaba, le miré a los ojos, sin que el antiguo forajido moviese un solo músculo de su rostro.

Bajé la vista y leí el contenido del telegrama:

«La muerte de míster Kessler no cambia en nada la situación. Todo sigue igual que antes. Rogamos puntual remisión asignación como de costumbre. Infección se acentúa.

Firmado: Joe».

Doblé el telegrama.

—El individuo puede hacer ahora lo que le dé la gana —dije—. La hija de Kessler tiene el dinero que...

Nute movió la cabeza.

—No. El dinero lo tengo yo, señor Shadd. Soy el albacea testamentario de Burl Kessler hasta que la chica cumpla los veinticinco años. Puedo suprimirle la asignación mensual si así lo deseo.

—Entiendo —murmuré—. El viejo lo había previsto todo.

—Sí, desde que recibió el balazo hace cinco años.

Empecé a pasearme por la habitación, abanicándome pensativamente con el telegrama.

—El individuo sabe ahora que usted dispone del dinero. Se lo habrá dicho Morgana, naturalmente.

—Supongo. Una de las cláusulas más importantes que existen para formar parte de esa especie de clan de Table Ridge es que ninguno de sus componentes debe tener secretos para los demás. Morgana asistió a los funerales de su padre, le dije lo que había, me pidió veinticinco mil dólares, se los di, y luego de concluido todo, se volvió a Table Ridge.

—Pero el tipo ese se conforma con bien poco —exclamé un tanto desconcertado—. Otro podría quizá hacerle objeto de un chantaje mucho mayor, pedirle más dinero, por ejemplo, en lugar del suficiente para que Morgana siga sosteniendo esa decena de parásitos.

—Eso me da igual. ¿No ha leído el telegrama? La infección sigue en aumento. Eso quiere decir que la chica se está aficionando más a la marihuana. Tiene que sacarla de allí, se lo ruego, señor Shadd. El viejo lo quería así y debemos respetar su voluntad.

Extraña actitud la de un viejo pandillero, autor de Dios sabía cuántos asesinatos, amén de numerosos otros pecados, aterrorizado por la suerte que pudiera correr una, en apariencia, inocente muchacha de veinte años.

—Le pagaré veinte mil dólares si lo consigue, señor Shadd —dijo Nute.

—¿Y si no consigo nada? Soy humano y expuesto al fallo, Nute.

—Usted lo logrará, señor Shadd. ¿Por qué cree que el patrón le llamó a usted? Antes de dar este paso, estuvimos buscando al tipo... perdón, al hombre que más nos convenía —metió la mano en el bolsillo y sacó un

guese rollo de billetes. Contó diez de a cien y me los entregó—. Tome, para sus primeros gastos.

—Da usted por muy seguro que me encargaré de la tarea, Nute —observé.

—Lo hará, estoy seguro de ello.

—Supongamos que descubro al autor de los telegramas —dije—. ¿Puedo seguir ofreciéndole la misma cantidad que mencionó el difunto Burl Kessler?

—Por supuesto —contestó Nute, con cierta rigidez.

Asentí con aire meditabundo. Todo aquel asunto me daba mucho qué pensar. Tanto, que por unos momentos estuve a punto de enviarlo a rodar, pero al fin, el gusanillo de la curiosidad pudo más que mis deseos y contesté afirmativamente.

—Lo haré —resolví al cabo—. Pero, dígame, ¿tiene usted alguna idea de quién pudo ser el asesino de Kessler?

—El patrón tenía muchos enemigos. Simplemente, nos atrajeron con los disparos al parque. El cómplice del tirador debía estar apostado en la otra parte, aguardando a que yo dejara solo al patrón. Entonces entró en la habitación y le clavó el puñal.

Pensé unos instantes. Sí, así debía haber sido. La habitación del viejo Kessler daba a una galería que corría a todo lo largo de la fachada posterior del edificio. El asesino debió subir hasta allí arriba y esperar a que sonaran los tiros en el parque. Entonces entró en el dormitorio y...

—¿Tiene usted alguna idea de lo que significan las cuatro palabras que escribió antes de morir?

Nute denegó rotundamente.

—En absoluto —respondió.

—Quizá el asesino era uno de los del clan de Table Ridge —aventuré.

—¿Ignorando que yo era el albacea de Kessler y que, por tanto, puedo suprimir perfectamente esa asignación? No, al contrario, a ninguno de ellos le hubiera convenido secar la fuente que les proporciona a ellos la gran vida. Ya le dije antes que el patrón tenía muchos enemigos. Cuando se ha desempeñado un papel semejante en la vida y se ha tenido que luchar tanto como lo hizo el patrón, los enemigos abundan como las moscas en torno a un pastel recién cocinado.

«O en torno a un estercolero», pensé, recordando el papel que el difunto había desempeñado en la vida.

Pero no lo dije en voz alta. Nute, aun bordeando la cincuentena, me hubiera destrozado fácilmente con sus manazas.

—¿Y por qué diablos no va usted en persona? —rezongué.

—Morgana se trajo consigo a los funerales a algunos de los componentes del clan. Esos me conocen y todo el efecto de la sorpresa se perdería.

—¿Y espera que yo sea admitido en ese clan, Nute?

—Si actúa con habilidad, sí, desde luego.

Me froté con fuerza la mandíbula.

—Habilidad —resoplé—. Es un concepto tan elástico... Bien, no puedo decir otra cosa sino que haré todos los posibles por descubrir al fulano que puso esos dos telegramas. ¿Me permite que me quede con este también?

—Por supuesto, señor Shadd.

Nute se dirigió hacia la puerta. Con el pomo en la mano, se volvió hacia mí.

—Ah, sí se viera en alguna dificultad, llámeme a la residencia del señor Kessler. Estaré allí casi permanentemente.

—En su lugar, yo hubiera llamado a media docena de gorilas y espantado a garrotazos los zánganos de esa colmena —dije.

—Sí, pero entonces Morgana se habría enterado de quién era su padre. Y eso es lo que se trata precisamente de evitar.

Le miré pensativamente durante unos momentos.

—Usted se preocupa ahora por la salud mental de una chica. ¿Antes de ahora se preocupó mucho de lo que pasaría a las familias de los individuos a quienes mató? ¿O hizo aficionarse a las drogas hasta que murieron?

El rostro de Nute se congestionó de pronto. Era una cosa rara y repulsiva, porque las cicatrices destacaban en blanco contra el tono purpúreo de su epidermis.

—Usted haga lo que le mandan y no se preocupe de más. Adiós —contestó secamente, tras de lo cual se marchó, dando un tremendo portazo que por poco desarticula el edificio.

Me quedé en pie, con un pitillo entre los labios, mirando la puerta. ¿Era cierto no solo lo que me había dicho el viejo «gangster» asesinado, sino también su hombre de confianza? ¿Trataban únicamente de apartar a Morgana de las garras de un individuo sin escrúpulos... o había alguna cosa más en el fondo de aquel asunto tan oscuro?

«Bueno —me dije—. ¿Y por qué no averiguarlo?»

En Table Ridge me lo dirían, y estaba a punto de empezar a trazarme un plan cuando de improviso llamaron a la puerta.

Fui a abrir y lo hice. Entonces, dos individuos irrumpieron de pronto en la habitación, empujándome hacia adentro con violencia. Uno de ellos, antes de que hubiera tenido tiempo de aprestarme a la defensa, me atizó un fenomenal derecho al mentón, que me hizo perder el conocimiento en el acto.

CAPÍTULO IV

Cuando recobré los sentidos, me encontré sentado ante un sillón. Sacudí la cabeza para aclarar las brumas que me envolvían el cerebro, y al querer acariciarme el mentón en el lugar donde me habían golpeado, advertí que estaba atado al mueble.

Todavía tenía los ojos cerrados. Oí una voz que decía:

—Despiértalo ya de una vez Jock. Estamos perdiendo demasiado tiempo y no podemos entretenernos tanto.

Sentí unos pasos que se acercaban. Un chorro de agua fría cayó repentinamente sobre mi rostro, haciéndome toser y estornudar, terminando de despejarme.

Abrí los ojos y me encontré ante un tipo de lo más repulsivo que uno pueda imaginarse. Ignoraba su presencia, los motivos de su presencia en mi apartamento, aunque era evidente que ninguno era bueno, sobre todo juzgando el desorden en que habían dejado el mobiliario.

—¿Dónde está? —preguntó el tipo que me había arrojado el agua a la cara y que aún conservaba el vaso en la mano.

Le miré con una estupenda cara de tonto.

—¿Dónde está... qué? —dije.

—No te hagas el idiota —rezongó—. Demasiado sabes de qué se trata.

Este que me hablaba debía ser Jock, El otro, que tenía todo el aire de un elefante, a juzgar por los estropicios que estaba haciendo en la habitación vecina, lanzó un grito desde allí adentro.

—Vamos, Jock, no te entretengas tanto. Tírale de la lengua de una vez.

—Eso —dijo Jock—. Hable, Shadd.

—Le repito...

—Mire, el viejo dejó un recado. Usted estaba con él cuando le rebanaron el pescuezo. Y vio lo que escribía. ¿Dónde está ese mensaje?

Traté de hacer un esfuerzo de memoria, recordando la topografía de la habitación de Kessler. ¿Significaban las palabras del gorila que alguien nos había estado espiando mientras asistíamos al moribundo en sus últimos instantes?

La cama de Kessler estaba directamente frente a la ventana. Era muy fácil que alguien nos hubiera estado espiando en la galería... No, esta era una hipótesis que debía rechazarse en el acto. El asesino hubiera sido tonto de remate si después de haber apuñalado al viejo se hubiera quedado allí.

Pero frente a la balconada había muchos árboles: sauces y palmeras. Quizá alguien, encaramado en la copa de una palmera, nos había observado con toda comodidad. Y había visto trazar a Kessler aquellas

palabras que tanto nos habían intrigado a Nute y a mí, y cuyo significado desconocíamos en absoluto.

Y aquellos tipos buscaban el papel, que ya no existía, por supuesto, porque aprenderse de memoria aquellas cuatro palabras había sido cosa sencillísima... *Mi... otro... es verdad...* Pero se creían que era un mensaje importante. ¿Y en qué radicaba la importancia del mensaje?

Jock se impacientó.

—Bueno, maldito fisgón, ¿qué contestas?

—Pero, ¿qué diablos quiere que conteste si no sé de qué se trata? Suélteme y déjeme en paz de una vez, ¿quiere? —rezongué de mal humor.

El elefante seguía causando estropicios en la otra estancia. Jock se fue hacia una repisa y pegó un seco golpe al vaso, un «high-ball» para combinados, partiéndolo por la mitad.

—¿Sucede algo, Jock? —preguntó el elefante.

—No, Tulsa —debía ser de Oklahoma el tipo cuando le llamaban así—. Solamente estaba procurándome un medio para soltar la lengua de este fisgón.

—¡Ah, bueno! —contestó el otro.

Algo se rompió en mil pedazos con aterrador estrépito. Cerré los ojos un instante, pensando aterrado en la factura de reparaciones que me pasaría el administrador del edificio.

Al abrir los ojos, me vi los dentados bordes del vaso a menos de un palmo de mis narices. Tragué saliva, mientras me enfrentaba con los cruels ojos de Jock.

El gorila sonrió perversamente.

—¿Verdad que vas a cantar en el acto, fisgón? —dijo—. ¿Verdad que nos vas a decir cuanto antes lo que queremos saber?

—Yo... Esto...

De pronto sentí que las gotas de sudor empezaban a resbalarme por las sienes.

El vaso se me acercó más todavía. Eché la cabeza hacia atrás, pero el respaldo del sillón me salió al paso.

—Vamos, Shadd, habla —dijo Jock, con voz insinuante. Los afilados dientes de vidrio se acercaban cada vez más a mis ojos—. Primero te atravesaré una pupila, después...

La puerta se abrió de pronto. Jock se irguió, a la vez que lanzaba una maldición.

—¿Quién es usted? —preguntó airadamente—. ¿Qué es lo que busca aquí?

La recién llegada, porque de una mujer se trataba, se detuvo unos instantes en el centro del vestíbulo. A pesar del apuro en que me encontraba, no pude por menos que admirar su espléndida y sugestiva belleza.

Era una magnífica pelirroja, de ojos verdes y formas rotundas, pero sin exageraciones ampulosas, con la firmeza y turgencias propias de la juventud, ya que apenas contaría veinte o veintiún años. Vestía un traje de hilo de color verde, que dejaba casi toda la espalda al aire y por delante mostraba el nacimiento de un seno marfileño y sin tacha. La falda del vestido era acampanada y estaba provista de dos grandes bolsillos de la misma tela.

El resto de la «decoración» era una pulsera de platino y diamantes, conteniendo un minúsculo reloj en el interior de uno de estos y unos zapatos del mismo color del vestido. No llevaba bolso ni guantes, cosa rara en una mujer, pero en el origen de este detalle había de reparar más tarde.

—Busco al señor Kevin Shadd —dijo ella, con voz firme y bien modelada.

—Soy yo —dije.

Pero casi en el acto, el gorila me cortó las palabras con una exclamación que no se puede reproducir aquí.

—Cállate, maldito bastardo hijo de perra —fue lo más suave que me dijo—. Y usted, señorita, lárguese de aquí. Este no es lugar que le convenga en absoluto.

Ella no se movió. Sus ojos verdes fulguraron un instante, y luego su boca roja, de labios jugosos y frescos, se distendió en una suave sonrisa.

—Écheme, gorila —dijo tan tranquila.

Jock tiró el vaso a un lado. Luego avanzó hacia la muchacha.

Esta no se movió. Le dejó llegar hasta donde se encontraba.

Jock levantó su brazo derecho. Su intención no era pegarla, sino solamente expulsarla de la habitación a viva fuerza.

La verdad es que al cabo del tiempo, todavía no sé cómo ocurrieron las cosas. Hubo un revoloteo de faldas, unos rápidos movimientos de uno y otra, y, de repente, Jock se encontró sentado en el suelo, llorando como un chiquillo a consecuencia del brazo que tenía convertido en un sacacorchos. Ella, en cambio, aparecía tan tranquila, sin que su cabello se hubiera despeinado en lo más mínimo ni la falda de su vestido hubiera sufrido la menor arruga.

Me miró con mucha simpatía y me sonrió encantadoramente. Pero no pudo decir nada.

En aquel momento, el elefante salía del dormitorio. Su mirada se clavó primero en la chica y luego en Jock, que seguía berreando a más y mejor en el suelo.

El elefante tenía el tipo de tal, aunque sin trompa. Además, por lo que pude ver, era un tipo expeditivo. No se entretuvo mucho en hacer preguntas. Echó mano al interior de su chaqueta, buscando la pistola que tenía en la funda axilar.

Me quedé aterrado. Todavía estaba yo atado en el sillón, y Tulsa, el

elefante, era del tipo de hombre a quién no le importa disparar en absoluto contra las mujeres. Para él, una persona era solamente un objetivo. El sexo no contaba.

Pero no tuvo tiempo de extraer la pistola. Con un movimiento relampagueante, imposible de seguir con la vista, la muchacha sacó del bolsillo derecho de su vestido una minúscula pistolita, levantó la mano, apuntó y disparó.

La distancia era de cuatro metros escasos. Un redondo circulito negro apareció en el centro de la frente de Tulsa.

Los ojos del elefante expresaron el asombro que el hecho le producía. La mano que había metido en el interior de su chaqueta permaneció quieta en la misma postura.

El disparo de la pistolita sonó, aun sin silenciador, como un pequeño trallazo o el estallido de un globo de goma. Mientras los ecos de la detonación se extinguían, las rodillas del pandillero se doblaron, y luego se venció de bruces al suelo, sin un solo movimiento, fulminado por el disparo de un proyectil tan pequeño, pero que, no obstante, había cortado el hilo de su vida con tanta precisión como lo hubiera podido hacer uno de calibre cuarenta y cinco.

Acto seguido, la muchacha se volvió hacia Jock, el cual seguía aún gimiendo, y levantando el pie derecho, le arreó con todas sus fuerzas un puntapié en la mandíbula. Jock emitió un gruñido y cayó de espaldas.

Sin perder tiempo, la pelirroja, que parecía un torbellino de actividad, se inclinó sobre el caído, y después de limpiar cuidadosamente de toda huella suya la pistolita, se la puso en la mano al desvanecido gorila.

Luego se volvió hacia mí, sonriéndome placenteramente.

—¿Qué le pareció mi actuación, señor Shadd? —preguntó.

La miré con respeto, con muchísimo respeto.

—Convincente, pero, ¿qué diablos dirá la policía cuando venga y encuentre aquí un cadáver?

—Se lo preguntará a ese tipo —dijo, señalando a Jock.

Luego empezó a desatarme, cosa que consiguió a los pocos momentos.

—¿Cómo sabe usted que se lo preguntará a Jock?

—¿Se llama Jock ese mono? Bueno, claro, ¿a quién se lo va a preguntar si no? Cuando vengan, le encontrarán desvanecido y con una pistola en la mano. Fíjese en el otro, todavía tiene la mano dentro de la chaqueta. ¿Qué es lo que cree que pensará la policía? Simplemente, que se han peleado por alguna diferencia de criterio y que Jock mató al otro en el curso de la discusión. Jock dirá que no ha sido él, pero, ¿cómo demuestra lo contrario? Bueno, arréglese pronto. Hemos de irnos antes de que venga la policía.

—¿Qué hemos de irnos? —exclamé en el colmo del asombro—. ¿Y a dónde, si puede saberse?

Ella me miró, sonriendo enigmáticamente, en tanto que sus ojos verdosos, grandes, rasgados, fulguraban como los de un gran gato.

—A Table Ridge —fue la sorprendente respuesta.

Me quedé mudo de asombro durante unos instantes. Luego me pasé la mano por la frente.

—¿Quién es usted? —pregunté con un hilo de voz, sospechando la identidad de la muchacha.

—¿No lo ha adivinado todavía? —respondió ella—. Me llamo Morgana Kessler.

CAPÍTULO V

Mientras rodábamos a gran velocidad por la carretera que va de Fort Myers a Punta Gorda, traté de recuperarme del asombro que me producía el hallarme en compañía de Morgana Kessler.

Al salir de Fort Myers habíamos atravesado el puente que cruza la desembocadura del río Coloosahatchee y ahora corríamos a sesenta millas a la hora por la carretera, en medio de unos terrenos sumamente llanos, aunque no pantanosos como las Everglades del sur de la Florida. Pero por lo que Morgana me había dicho, al hacerme una somera descripción de Table Ridge, allí sí que había pantanos.

—Y abundan los saurios y las serpientes mocasín —agregó con acento que me hizo estremecer—. Los reptiles me dan mucho miedo, no lo puedo remediar.

No fue sino hasta haber dejado el Coloosahatchee a nuestras espaldas que me atreví a hacerle una pregunta.

—Bueno. Y ahora, ¿puedo saber por qué voy con usted a Table Ridge? Ella me arrojó una rápida mirada, llena de burla e ironía.

—¿No era eso lo que quería mi padre? —dijo.

Me puse tieso en el asiento.

—¿Cómo sabe usted que su padre quería eso? —inquirí.

—Me lo dijo una de las doncellas. Tiene el feo vicio de escuchar detrás de las puertas... por dinero. Lo malo es que no pudo oír entera toda la conversación, sino solamente retazos de ella.

—¿Y qué le dijo? —pregunté con el alma en un hilo. ¿Conocería ella la verdad auténtica acerca de lo que había sido su padre?

—Simplemente esto: que usted tenía que ir a Table Ridge y disolver la colmena de vagos que yo mantengo. La doncella oyó su apellido solamente, pero fue suficiente para mí. Busqué un Shadd en el listín telefónico de Naples y el resto lo hizo mi intuición.

—Esa doncella tuvo que decirle algo más a la fuerza —dije—. Puesto que usted era la que le pagaba para que la tuviese al corriente de lo que pasaba en la casa de su padre, tuvo que oír muchas cosas más.

—Le repito que no entendió muy bien la conversación —respondió Morgana—. Solo sé lo que ya le he dicho.

—¿Nada más? ¿Está segura?



—¿Verdad que vas a cantar?

—Positivamente. ¡Ah, bueno, otra cosa! También me dijo, porque eso lo vio desde la puerta que estaba abierta después de que el asesinato le hubo clavado el puñal, que mi padre tuvo tiempo de escribir algo antes de morir. ¿Era ese papel lo que buscaban los dos forajidos a quienes sorprendí en su domicilio?

—Sí.

—¿Y qué decía el papel?

—Poca cosa —mencioné las cuatro palabras que el viejo había escrito—. Pero no entiendo qué diablos significan. Tampoco entiendo por qué sabiendo que su padre quería disolver esa colmena de vagos, me lleva usted ahora a ella.

Las manos de Morgana se crisparon súbitamente sobre el volante del coche.

—El asesino es uno de esos vagos a quienes yo mantengo —dijo con los labios muy prietos.

Contuve una exclamación de sorpresa. Haciendo un esfuerzo, pude mantener el tono normal de mi voz.

—¿Está segura de ello?

—Sí.

—¿En qué se basa para tener tal seguridad?

—Todos sabían los propósitos de mi padre. Allí no tenemos secretos los unos para con los otros, Shadd. Dije que mi padre quería retirarme la asignación y que entonces no podría seguir manteniéndolos. Esto es obvio: al morir mi padre, todo su dinero pasaría a mis manos y Table Ridge podría seguir subsistiendo. Pero ellos ignoraban la existencia de Nute como albacea, porque yo tampoco lo sabía.

—Es posible que sea así como dice. Aun así, los motivos son muy pobres, ¿no le parece?

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—Tiene que ser uno de los que hay allí, Shadd —repitió obstinadamente—. Y usted ha de descubrir al asesino.

—¿Por qué, entonces, no comunica las sospechas a la policía?

—No me harían caso. La distancia, como usted puede apreciar, es relativamente grande y me dirían que era imposible que uno de los que forman parte de nuestro clan hubiera podido llegar hasta Naples para asesinar a mí padre.

—Dos. Recuerde que otro nos tiroteó a Nute y a mí en el parque, para que así su padre quedara solo en el dormitorio.

—Admitamos que fueran dos. Tampoco puedo demostrarlo.

—¿Por qué? Es muy sencillo saber quién faltó aquella noche de Table Ridge, señorita Kessler.

—Llámemme Morgana. Y de tú, además. En el sitio adónde vamos, están

suprimidos todos los tratamientos, Kevin... No —siguió—, no es posible saber quién faltó aquella noche de la casa.

—Explícate —dije.

—Hay una amplia libertad. Cada uno de nosotros entramos y salimos cuando queremos y a la hora que mejor nos parece. Que yo sepa, aquella noche, cinco, por lo menos, de los que residen en la casa, estuvieron fuera casi toda la noche.

—¿Conoces los nombres?

—Sí, por supuesto.

—Luego me los darás. En la primera parada que hagamos, me harás una relación de todos cuantos se hallan en Table Ridge. En total, ¿cuántos sois?

—Diez conmigo, más dos criadas que se ocupan de la limpieza.

—¿Y la comida?

—Hay un gran frigorífico. Cada uno se sirve lo que mejor le parece y a la hora que más le conviene.

—Vaya vida —dije—. Así da gusto. Y en los momentos en que los zánganos no se dedican al descanso, que deben ser muy pocos, ¿qué es lo que hacen?

—Cada uno lo que quiere. Hay un orador, dos poetas, dos músicos, dos escritores y dos pintores.

—Y tú que los mantienes a todos. ¿Por qué?

Volvió a encogerse de hombros.

—Estaba aburrida. Eso es todo.

—Y tu aburrimiento llega a tanto, que estás aficionándote a las drogas.

La sorpresa de Morgana fue tal, que durante unos segundos perdió el control del automóvil. El coche zigzagueó tan violentamente que estuvo en un tris de salirse de la carretera.

—¡Kevin! ¡Eso es una calumnia!

La miré detenidamente. Morgana tenía habitualmente la tez muy blanca, lechosa, como suele suceder en todas las pelirrojas. Pero después de mis palabras, el rojo de su cara se confundía con el color de los cabellos.

De pronto, frenó el coche y lo arrimó al borde de la carretera.

—Kevin, ¿quién te ha dicho que me gustan las drogas?

—Tu padre primero y Nute después —respondí sin vacilar.

—Y a ellos, ¿quién les informó tan mal?

Vacilé en la respuesta. Si seguía hablando, tendría que contestar muchas cosas y entonces la muchacha acabaría por conocer la verdad acerca de su padre. Y daba la casualidad de que era esto lo que se trataba de impedir.

—Uno de los tipos que están en Table Ridge puso dos telegramas —respondí cautelosamente—. Uno a tu padre y otro a Nute, al enterarse de

que este era el albacea. No lo decía con toda claridad, pero se entendía que si cortaban la asignación que tienes señalada, seguirían fomentando tu afición a las drogas.

—¡Yo, aficionada a las drogas! Pero eso es absurdo —exclamó la muchacha.

Su pecho palpitaba rápidamente, destacándose bajo la tela del vestido con rotundas turgencias.

—Lo siento. Eso es lo que me dijo tu padre y Nute me repitió después.

Mientras arrancaba de nuevo, Morgana sacudió la cabeza.

—Puede que haya cometido muchas tonterías, entre ellas la de fundar esa especie de clan de «vive como quieras», pero una de las cosas que jamás haría sería aficionarme a las drogas. ¿Por qué no lo compruebas por ti mismo, Kevin?

—¿Cómo? —exclamé.

Desde luego, en sus ojos no había la turbiedad propia de los drogados. Pero conviene recordar que según había oído decir, ella estaba solamente en los comienzos de la afición maldita.

Sujetando el volante con la mano izquierda, se levantó la falda con la otra mano hasta bastante más arriba de la rodilla.

—Mira a ver si encuentras alguna señal de inyecciones hipodérmicas —dijo.

La carne del muslo aparecía completamente blanca y limpia de tales huellas. Morgana me permitió mirar unos segundos y luego volvió a bajarse la falda de nuevo.

—¿Convencido? —dijo.

—Por un lado, sí —respondí—. Sin embargo, no todas las drogas consisten en morfina.

Ella hizo un gesto desdeñoso.

—¡Drogas! ¡Puaf! Jamás haría una cosa semejante, Kevin, puedes creermelo. Además, ahora estarás unos cuantos días en mi compañía. Podrás observarme a conciencia y ver si tomo alguna de esas porquerías. Es más, te aseguro que ninguno de los miembros del clan es aficionado a las drogas.

—Ese es un vicio que no se confiesa, pese al trato que han hecho entre ustedes —respondí—. De todas formas, allá lo veremos. Y a propósito, ¿de qué tengo yo que actuar en Table Ridge?

—De pintor —contestó la muchacha rápidamente.

—¡Jesús! ¡Pintor! Pero si apenas sé trazar un círculo con el fondo de un vaso.

Ella se echó a reír. Era la suya una risa clara, fresca, vibrante, de una muchacha sin complejos ni tormentos síquicos.

—¿Y qué falta hace hoy saber dibujo para ser pintor? Di que eres informalista, enemigo rotundo de toda idea concreta, que te abrasas en el

fuego de la inspiración y que te ves obligado a verter su calor en las telas, por medio de concreciones abstractas, de expresiones telúricas concatenadas con la figuración interior que cada uno de nosotros llevamos dentro y que expresamos por medio de una explosión de color... o alguna mentecatez semejante, como hacen los críticos papanatas ante los pintores de hoy día. Te auguro un éxito fenomenal en Table Ridge, Kevin.

—Pero...

—Nos detendremos en Punta Gorda y compraremos material suficiente para que puedas desempeñar ese papel. Además, debes cambiarte de ropa. La que llevas es demasiado convencional.

—¿Y tú, cómo vistes en Table Ridge?

—Ya lo verás, señor curioso —dijo, sonriendo con aquella expresión suya, tan parecida a la de la Gioconda, pero mucho más hermosa, por supuesto.

—Es una buena idea la de paramos en Punta Gorda —dije.

—¿Por qué? —preguntó Morgana.

—Empezaré allí las pesquisas. En la Oficina de Telégrafos me dirán quién fue el tipo que puso los telegramas. Al menos, sabrán describírmelo físicamente. Y de este modo, podremos adelantar mucho, Morgana.

—Tienes razón —concordó ella, pensativamente—. Tienes razón... porque si hay alguna cosa que deseo en este mundo es que descubras al hombre que mató a mí padre.

—¿Hombre o mujer, Morgana? —pregunté intencionadamente.

—Lo mismo da. En este caso, el asesino carece de sexo —sentenció la muchacha, de modo tajante.

CAPÍTULO VI

A media tarde llegamos a Punta Gorda. Table Ridge estaba al otro lado de la ciudad, una vez cruzado el puente que salva la desembocadura del río Peace y en medio de los pantanos que hay en aquel lugar. Morgana frenó el coche junto al bordillo de la acera.

—Vamos a comprarte los elementos de pintor —dijo.

—Un momento. Yo no entiendo absolutamente nada de lo que es necesario para pintar. Cómpralos tú; mientras que yo indago en la Oficina de Telégrafos. Te veré aquí mismo dentro de dos horas —consulté mi reloj—. A las seis y cuarenta y cinco minutos.

—Muy bien. Pero cómprate también otras ropas. No se puede ser pintor abstracto vistiendo de esta manera.

—¿Y cómo visten los pintores abstractos? —pregunté.

—Como pintan —respondió, echándose a reír.

Me quedé en la acera, viéndola marcharse con paso ágil y resuelto. Juventud, juventud, lo que valen los veinte años... y cuando uno los ha tenido, no lo ha sabido valorar debidamente.

Pero no podía estar allí indefinidamente contemplando a la muchacha. Tiempo tendría de hacerlo en Punta Gorda, conque volví al coche y me dediqué a la búsqueda de la Oficina de Telégrafos.

Con, la ayuda de un amable guardia, no tardé mucho en hallarla. Aparqué el coche, cerré el contacto, guardé las llaves en el bolsillo y saltando fuera del vehículo penetré en la oficina con los dos telegramas en el bolsillo.

La telegrafista era una cuarentona de buen ver, que estaba atendiendo a unos clientes. Esperé unos momentos a quedarme solo y entonces me acerqué a la ventanilla.

—Su telegrama, señor —dijo con voz impersonal.

—No traigo ninguno, señora.

—Señorita... —dijo la telegrafista—. Señorita Rae.

—Está bien, señorita Rae. Me llamo Kevin Shadd y desearía hacerle algunas preguntas.

Ella frunció el ceño.

—¿Es usted periodista? —preguntó.

Le enseñé mis credenciales.

—No. Investigador privado. Estoy tratando de averiguar quién es la persona que puso estos dos telegramas.

La telegrafista no los miró siquiera.

—Lo siento, señor Shadd, pero el reglamento nos prohíbe suministrar

informes de ninguna persona que utiliza nuestros servicios, a menos que se venga provisto de un mandamiento judicial... cosa que usted no tiene, ¿verdad?

Hice una mueca que quería parecer una sonrisa.

—Pues según como se mire —respondí. Metí la mano en el bolsillo y empecé a sacar uno de los billetes de a cien que me diera Nute aquella mañana—. Por cierto, he pasado al venir aquí por unos almacenes y he visto un modelito que le sentaría espléndidamente a su magnífica figura, señorita Rae. Es una lástima que tenga que estarse aquí y no poder lucirlo por Ponce de León Street. En cuanto la vi a usted, me dije: «Kevin, esta es la mujer ideal para vestir ese modelo». Y claro, he pensado... Verá, es muy sencillo y discreto, pero su misma elegancia consiste en eso. Lleva un escote cuadrado, con fruncidos...

Mientras hablaba, saqué el billete de cien dólares, colocándolo delante de los telegramas, de tal modo que, en todo caso, nadie sino ella pudiera verlo.

Mis razones ablandaron su femenino corazón. Sonrió renuientemente, pero acabó tomando los telegramas.

—Déjeme ver, señor Shadd. Quizá yo pueda ayudarle en algo.

El billete de cien pavos desapareció en el interior de un seno protuberante, que se agitaba de vez en cuando con temblores gelatinosos. La señorita Rae leyó atentamente los indicativos de los telegramas y luego se puso en pie.

—Espere unos momentos, señor Shadd.

Se alejó hacia adentro, con gran bamboleo de sus ampulosas caderas, y permaneció en el interior de la oficina durante un par de minutos. Volvió enseguida y se inclinó hacia mí de modo tentador, en tanto me sonreía provocativamente.

—Los telegramas fueron puestos ambos desde un teléfono público, señor Shadd —dijo al cabo.

La decepción más absoluta se pintó en mi cara. Ella siguió sonriendo, a la vez que acentuaba la inclinación de su busto, con el fin de mostrarme el espacioso principio de unos encantos que, ¡ay! empezaban ya a marchitarse.

—Pero no tiene razón para desolarse, señor Shadd —dijo—. Ese teléfono público está instalado en el «Crocodil», un bar situado en Jackson Street. El dueño tuvo que fijarse a la fuerza en el tipo que puso los telegramas, ya que tuvo que percibir su importe para poderles dar curso desde aquí.

Respiré, aliviado.

—El «Crocodil» —repetí—. Una magnífica información, señorita Rae.

Ella seguía sonriendo. El morse —debía suponer— no es incompatible con el amor.

—Creo que luciré ese modelito a las siete en el «Crocodil», señor Shadd —dijo insinuantemente.

Me incliné hacia la telegrafista.

—Quiero ser el primero en admirarla con ese vestido, señorita Rae —murmuré en voz baja—. No faltaré, se lo aseguro.

Tras lo cual, rescaté los telegramas y dirigiéndole la mejor de mis sonrisas, salí de la oficina.

No tardé mucho en hallar el «Crocodil». Era un lugar como hay muchos, y entrando en él con aire indiferente, fui a acodarme en una esquina de la barra.

Pedí *whisky*, hielo y soda. Me lo sirvieron, y al hacerlo, saqué un billete de cien.

—Cámbiemelo, ¿quiere? —dije al *barman*, un tipo de aspecto pesado y cara de amigo de boxeador famoso.

—¿Cómo quiere el cambio?

—En cinco billetes de veinte —respondí.

El *barman* vino poco después con lo requerido. Cuando me entregó el dinero, le dije:

—Escuche... —cité las fechas—. En estos días, un tipo vino aquí y puso dos telegramas. Le abonó a usted su importe. ¿Podría describirme al individuo?

El camarero levantó los hombros.

—Todos los días vienen aquí fulanos que ponen telegramas. Cualquiera se acuerda de ellos. Es más el trabajo que nos dan que el beneficio que recibimos.

—Los telegramas iban dirigidos a Naples —contesté—. Con esto, con la mención de las fechas... y con estas recetas contra la amnesia —agregué, deslizando dos billetes de veinte dólares sobre el mostrador—, quizá recuerde usted el aspecto del tipo que mandó poner los telegramas desde aquí.

El estólido rostro del *barman* se animó ligeramente.

—Quizá, sí —contestó—. Pero, ya digo, son tantos los que van y vienen...

—Como las olas del mar, ¿no? —Puse otro billete. Estaba claro: el *barman* quería más pastillas para la memoria—. Vamos, hermano, haga un esfuerzo y describa al tipo.

—No era un hombre, sino una mujer —dijo, provocando en mí una momentánea estupefacción, que pronto se me pasó al recordar la clase de habitantes que albergaba Table Ridge.

—¿Cómo era?

—Aguarde un momento —murmuró el *barman*. Clavó la mirada en el techo y empezó a contar las moscas que se paseaban por el mismo. Al fin dijo: No recuerdo mucho de ella, excepto que era muy alta, delgada

como una espada... —me sonrió con aire de complicidad—, todo lo contrario de la Marilyn Monroe, ¿comprende? Era tan lisa como una carretera en el desierto, y... ahora lo recuerdo, tenía unos ojos como los de un diablo, sí, eso fue lo que más me intrigó. Parecían carbones encendidos... Pero en lo demás, salvo en la casi total ausencia de curvas, vestía normal.

La descripción no podía haber sido más gráfica. Sonreí.

—Gracias, amigo. Celebro que mi receta contra la amnesia haya surtido efectos.

Terminé la bebida y salí del bar.

A continuación busqué una tienda de ropas masculinas, donde adquirir las prendas necesarias para poder pasar por un pintor chiflado. De repente me di cuenta de que me seguían.

Volví la cara, riendo al tipo.

Era un individuo que estaba en el bar cuando hablaba con el camarero. De mediana estatura, y muy delgado, parecía tener bastantes años. Su cara me pareció algo conocida, aunque por el momento no pude precisar dónde la había visto. Tenía una barbita de chivo y unos mostachos con guías horizontales, un tipo de bigote pasado de moda. Pero las arrugas de su rostro indicaban claramente que ya había pasado de los sesenta años, no obstante lo cual sus hombros permanecían aún erguidos y su paso se acomodaba al mío con cierta facilidad.

Fruncí el ceño. Aquello empezaba a no gustarme.

CAPÍTULO VII

A la hora convenida me encontré con Morgana.

La muchacha apareció seguida por un mozo que llevaba encima una impresionante cantidad de bártulos, entre los cuales figuraban media docena de cuadros de aspecto horrendo, como el sueño de un esquizofrénico sometido a una dosis de «scopolamina» por su psiquiatra. Un caballete, una enorme caja con colores y otra con pinceles, completaban el resto de los avíos. Morgana dio cinco dólares al mandadero y se acomodó a mí lado.

—¡Y ahora, en marcha; ilustre émulo de Picasso! —exclamó, sonriendo.

Puse en marcha el motor y arranqué. Al separarme de la acera, aún tuve tiempo de ver al viejo de la barba de chivo espiándonos desde diez metros de distancia.

—No tantas risas —dije—. Me han seguido.

El rostro de Morgana cambió inmediatamente de expresión.

—¿Quién?

Le describí el tipo. Ella meditó unos instantes y al fin decretó:

—No lo conozco, Kevin. ¿No habrán sido figuraciones tuyas?

—Estaba en el «Crocodil», luego cerca de la tienda donde compré las ropas y ahora a diez metros del coche. Los síntomas son fatales, muchacha. Conozco el paño y sé cuándo me sigue una persona y cuándo no.

—¿Y qué pretenderá el tipo siguiéndote?

—Algo muy parecido a lo que yo pretendía tratando de averiguar quién era la persona que puso los telegramas a tu padre y a Nute.

—¿Has conseguido identificarla?

—Tú me ayudarás a ello. Puesto que sostienes que el asesino figura entre los que residen en Table Ridge, tuvo que ser a la fuerza uno de los zánganos. Avispa, mejor dicho.

—¿Una mujer? —exclamó Morgana, comprendiendo.

—¡Ajá!

Cruzamos el puente sobre el Peace. Ella meditó unos instantes.

—¿Cómo era esa mujer? —preguntó al cabo.

—Alta, muy delgada y con ojos de demonio. Eso es todo lo que pude arrancarle al *barman* del «Crocodil» —consulté el reloj. Eran ya las siete y diez—. ¡Qué chasco se iba a llevar la pobre señorita Rae!

Morgana reclinó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos un instante.

—Alta, delgada, ojos de demonio... Kevin, lamento decepcionarte, pero entre mis huéspedes no figura una mujer de semejantes características

físicas.

—¿Estás segura?

—Positivamente —respondió la muchacha, con un énfasis tal que no dejaba el menor resquicio a la duda.

Callamos durante unos momentos. Anocheecía ya y la carretera de Punta Gorda a Sarasota se adentraba por los pantanos que hay al norte de la desembocadura del Peace, tan semejantes a los famosos Everglades. El ambiente se me hizo de pronto tristón y deprimente.

Rodamos en silencio durante media hora. Al cabo de ese tiempo, Morgana dijo:

—Ahora viene un camino a la izquierda Kevin.

—Sí.

Los faros del coche, ya encendidos, no tardaron en alumbrar la bifurcación. Reduje la marcha e hice girar el volante en aquel sentido.

El camino era de tierra y no muy bien cuidado. Su estrechez era tal que difícilmente hubiera permitido el paso de dos coches a la vez. A derecha e izquierda se podían ver ya las plantas pantanosas propias de aquellos parajes, sobresaliendo de entre unas aguas negras y siniestramente quietas, bajo las cuales latía una vida infernal.

De vez en cuando, los brazos de agua del pantano cruzaban la carretera y era preciso salvar el obstáculo por medio de un puentecillo. Me pregunté la extraña chifladura que habría hecho a la chica construirse o comprar una casa en semejantes lugares. Yo no lo habría hecho por todo el oro del mundo.

El coche rodaba tan silenciosamente, que se podía oír el croar de las ranas con toda claridad. La cabeza de algo repulsivo que no pude distinguir si era pez o serpiente de agua, emergió repentinamente fuera del líquido, escondiéndose inmediatamente al recibir de lleno el impacto de los faros.

De pronto, sonó un estallido. El coche describió unas cuantas eses, pero pude gobernarlo y evitar se fuera de morro al pantano. Al fin lo detuve.

—¡Qué reventón tan inoportuno! —dije, lanzando un suspiro—. ¿Queda mucho hasta Table Ridge, Morgana?

—Unas tres millas —contestó ella, mientras sacaba de la guantera del coche una gran antorcha eléctrica.

Se bajó y juntos examinamos la avería.

Afortunadamente, rodaba a una velocidad moderada. De otro modo, ahora estaríamos haciendo ¡glu-glu! en el fondo del pantano. El reventón había sido en la rueda delantera izquierda.

La atmósfera se hizo más opresiva de repente. Sentí una extraña aprensión, cuyo origen no sabía a qué achacar. Pero el estar rodeado de aguas negras y pestilentes por todas partes, el croar de las ranas y algunos crujidos y silbidos de lúgubre sonido, no eran cosas que contribuyesen a

alegrar el ánimo precisamente.

—Tengo una rueda de repuesto en el portaequipajes —dijo la muchacha.

Dio un paso hacia adelante y en aquel momento sonó un estampido.

Morgana lanzó mi grito. Y yo otro.

—¡Al suelo, pronto! ¡Y apaga la linterna!

Ella obedeció en el acto, mientras yo me precipitaba a apagar los faros del coche que habían quedado también encendidos. En el mismo instante, una bala atravesó el parabrisas con terrible fuerza, saliendo por detrás del mismo a escasos centímetros de mi frente.

Corté la luz y me tiré de cabeza al suelo, a la vez que desenfundaba mi automática, de nuevo en mí poder después de haberla recobrado de manos de Jock.

La muchacha me llamó angustiada.

—¡Kevin!

—¡Silencio! —dije.

Y aún no había terminado de pronunciar la palabra, cuando una bala levantó chispas del camino, a mitad de la distancia entre Morgana y yo.

La oscuridad era absoluta. La luna no había salido todavía y pasaría un buen rato antes de que lo hiciera. Me arrastré por el suelo en dirección a Morgana.

El tirador disparó de nuevo. Ahora lo hacía al bulto sin vernos, pero conociendo más o menos nuestra posición. Dos balas pasaron altas, en tanto que otras se clavaron con terrible fuerza en el borde herboso del camino.

El sonido de los disparos me dijo que el arma utilizada era un poderoso rifle de caza. Demasiado para mí pobre pistola automática. El tipo, de haber sido de día, nos hubiera cazado con toda facilidad.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Al menos, si nosotros no le veíamos, él tampoco nos veía. Me arrastré hasta Morgana y le dije que iba a intentar salir en persecución del fulano.

—¡No! —protestó ella, con vehemencia—. Te perderías, te ahogarías en el pantano.

—¿Y él? —argüí—. ¿Es que conoce el pantano mejor que yo?

De pronto, sonó un horrible alarido. Algo chasqueó, como una rama podrida que cede y luego se oyó la caída de un cuerpo humano al agua. Unas manos chapotearon frenéticamente en el líquido.

Por el ruido deduje que el individuo no se hallaba a más de quince o veinte metros de nosotros.

—¡Dame la linterna, Morgana!

Ella me la entregó. Me puse en pie de un salto y enfoqué el haz de luz de la antorcha hacia el lugar donde seguían oyéndose los gritos y los chapoteos. La potencia del foco lumínico era muy grande y sus haces de

luz iluminaron la terrible escena con toda claridad.

A unos veinte metros escasos de donde nos hallábamos había una especie de península que se adentraba en el pantano y cuyo istmo de unión con la tierra sólida no podía divisarse. La península estaba cubierta de matorrales y hierbajos propios de tales lugares, y los árboles abundaban igualmente en ella. La altura de su suelo sobre el agua era de un metro, aproximadamente.

Divisé fácilmente la rama podrida que había cedido, ocasionando la caída del forajido al agua. Este hacía esfuerzos desesperados para alcanzar de nuevo un terreno sólido, pero el suelo de la península lo era menos de lo que parecía, y cada vez que sus manos agarraban un puñado de hierbas para tener un punto de apoyo e izarse hasta arriba, la tierra esponjosa cedía y el tipo volvía a caer de nuevo al agua.

De pronto, Morgana lanzó un agudo grito, a la vez que sus puntiagudas uñas se me clavaban en la carne del brazo.

—¡Kevin!

Miré hacia la espalda del individuo. Seis o siete estelas de agua se movían con gran rapidez desde distintos puntos del pantano, convergiendo hacia el lugar donde se hallaba el tirador.

El hombre también los vio. Sus ojos se dilataron por el horror, al mismo tiempo que su voz se quebraba en un alarido de puro pánico.

—¡Socorro!

Pero ni Morgana ni yo estábamos en situación de proporcionarle la ayuda que el tipo nos pedía. Impotentes, espeluznados ante la escena que estábamos presenciando, hubimos de asistir al horrendo espectáculo de su muerte.

Uno puede ser mordido por un cocodrilo de los que abundan en los pantanos y marjales de la Florida, y salvar la vida, aunque, naturalmente, a costa de graves daños físicos. Pero cuando se le echan encima a uno media docena de esos temibles saurios, la cosa no ofrece dudas. El hombre pierde siempre.

Y el fulano perdió. Casi creímos por un momento que iba a conseguir salvarse, porque llegó a sacar medio cuerpo fuera del agua. Pero en aquel momento, uno de los saurios, más veloz que el resto de sus congéneres, le agarró por una pierna.

El hombre perdió el asidero y cayó al agua con gran chapoteo. Lanzó un horrible grito, que se transformó inmediatamente en un infrahumano gorgoteo al hundir la cabeza debajo del líquido. En el acto se formó un furioso revoltijo de cocodrilos que se disputaban fieramente un trozo de carne de la víctima.

El pistolero consiguió sacar la cabeza una vez fuera del agua. Era horrible el espectáculo. Uno de los saurios le había arrancado media cara de un bocado y la sangre chorreaba, mezclándose con el agua y el fango

negros y pestilentes. Otro cocodrilo le saltó al cuello y cerró las mandíbulas con seco golpe. El último alarido del desdichado cesó en el acto.

Apagué la linterna, que había tenido encendida durante todo aquel tiempo impulsado por una morbosa fascinación, que me había hecho actuar aun en contra de mi voluntad. De repente, Morgana se me colgó del cuello.

El cuerpo de la muchacha se estremecía visiblemente. Todavía seguíamos oyendo unos ruidos horrendos y espeluznantes, pero esto no duró mucho, sin embargo. Pronto se acallaron aquellos espantosos sonidos y el pantano volvió a recobrar lúgubre su calma habitual.

Los temblores de Morgana cesaron a poco. Se separó de mí, pero no dijo nada.

—Será mejor que continuemos la marcha —manifesté.

Ella accedió en silencio. Encendí la linterna de nuevo y en pocos minutos hube reparado la avería.

Reanudamos la marcha. Unos metros más allá, los faros del coche alumbraron un puente de madera.

Lo atravesamos. Cuando estábamos llegando a su final, las maderas del puente crujieron ominosamente.

No sé qué instinto me movió para salir de aquella nueva situación. Pisé el acelerador sin pensar en más, hasta el fondo, y el automóvil saltó hacia adelante, en el momento en que el puente se hundía con tremendo estrépito de maderas quebradas y espumas de las aguas removidas con gran violencia.

Frené unos metros más allá. Morgana tomó la linterna y alumbró el lugar donde unos momentos antes había estado el puente y del cual no quedaban sino los estribos de ambos lados, colgando sobre el pantano.

Ahora el que se echó a temblar fui yo. Y bendije el que había calificado de inoportuno reventón, puesto que, a fin de cuentas y a pesar del tiroteo, habíamos salvado la vida, al detenemos antes de cruzar el puente.

El asesino había estado esperando el hundimiento del puente y al ver que esto no se producía, nos había tiroteado con el fin de asegurarse el golpe. Pero, ¿por qué quería matarnos? Porque una cosa era evidente: el individuo que había sido devorado por los saurios deseaba la muerte de nosotros dos, no la de Morgana o la mía, separadamente, sino la de ambos. ¿Por qué?

La muchacha me miró en silencio. Yo tragué saliva sonoramente.

—¿Continuamos? —dije, haciendo un gran esfuerzo.

Morgana movió afirmativamente la cabeza.

CAPÍTULO VIII

Me desperté.

Durante unos momentos, sin embargo, permanecí con los ojos cerrados, en ese agradable estado en que uno no duerme ni está despierto del todo, sumido en un dulce y plácido nirvana, del cual no le gustaría salir jamás. Pero de repente, lo ocurrido la noche anterior terminó de despabilarme.

Hice una flexión de tronco y me senté en la cama. Miré en torno mío. La noche interior no había tenido mucho tiempo de examinar la decoración de Table Ridge.

La decoración de la estancia era espartana, pero con gusto muy moderno. Para la ropa había un armario empotrado en la pared. Si uno quería sentarse, presionaba un botón y el asiento cómodo y espumoso de una silla se desplegaba del muro. El lecho era una tabla esponjosa con cuatro patas, sábanas y almohada. La mesilla estaba igualmente oculta, así como una pequeña librería con unos cuantos ejemplares por si uno quería leer durante la noche.

El suelo era blando y cómodo. Me puse en pie y me acerqué a la ventana.

El panorama que se divisaba desde allí no tenía nada de agradable. Table Ridge estaba en la cumbre de un pequeño cerrillo que se elevaba escasamente a veinticinco metros sobre el nivel de las aguas del pantano, que lo rodeaban casi por completo, excepto por una lengua, de tierra sobre la cual corría el camino que nos había traído hasta allí la noche anterior. Una amarillenta neblina difuminaba a lo lejos el poco vistoso panorama de cipreses, sauces y matorrales.

Pasé al baño. Este era un poco más convencional y mi aseo pudo realizarse sin dificultades insuperables. Salí de allí y me puse una camisa de manga corta, unos pantalones y unas cómodas sandalias. Después me encaminé en busca del desayuno.

Las habitaciones donde dormían los zánganos estaban todas en el piso superior. Durante la noche anterior no había visto a ninguno. Todos ellos, sin duda alguna, debían estar retirados en sus cubículos.

No tardé en ver al primero. Era una mujer, pequeña y regordeta, de unos treinta y cinco años de edad, carillena y vestida con una blusa de color naranja vivo, que, además de contener mal su busto globular, ofendía las retinas. Debajo de la blusa había unos pantaloncitos cortos, negros, que parecían iban a hacer ¡puna! en cualquier momento. Iba descalza y se paseaba haciendo ridículos ademanes por el amplio vestíbulo, al par que recitaba una indescifrable jerigonza de la cual no entendí una sola palabra,

a pesar de que hablaba mi idioma.

De pronto me vio. Sus ojos de pez se clavaron en mi figura.

—¿Quién eres tú? —dijo.

—Kevin —respondí.

—¡Ah, hola, Kevin! —saludó ella—. Encantada de conocerte. Me llamo Lois. No me preguntes el apellido. Aquí nadie lo tiene.

—Una idea genial —contesté—. ¿Eres poetisa?

—Sí. Es lo único que se puede ser en este mundo podrido y decadente que...

—¡Hola! —saludó alguien en aquel momento, apareciendo en el vestíbulo.

Hablaba con la boca llena, y se comprendía, porque tenía en la mano derecha una pierna entera de cordero, a la cual tiraba feroces bocados sin dejar de hablar.

—Hola. Soy Kevin —dije.

—Me alegro de conocerte, Kevin. Yo soy Bart. Novelista, ¿sabes?

—Lo celebro —contesté.

El individuo era una cabeza más alto que yo y tenía el tipo propio de un luchador más que el de un escritor. Se comprendía que necesitara alimentarse de tal manera, haciendo unos ruidos con la boca que hubieran avergonzado a un león devorando la gacela de turno.

—¿Qué haces tú, Kevin? —preguntó la poetisa.

—Me expreso —contesté modestamente.

—¿Te expresas? —preguntaron los dos a dúo.

—Sí. Expreso mi subconsciente por medio del color.

—¡Ah, pintor! —dijo el Ursus, atizando otro feroz mordisco a la pierna de cordero.

—No —repuse tajantemente—. Pintor es una expresión decadente. Solo pinta el que no sabe expresar lo que le hierve a uno en el interior de la caldera de su cerebro.

Lois me miró con admiración.

—¡Chico, qué bien hablas!

—Te sacaré en una de mis próximas novelas, ¿sabes? —dijo Bert—. Se equivocó en el bocado, mordió el hueso, estuvo a punto de perder un diente y soltó una imprecación por la boca y el resto de la pierna por encima de su hombro. Luego se limpió las manos grasientas en las caderas —. Adiós, tú.

—Adiós —dije, viendo al gigante encaminarse hacia el piso superior. Luego contemplé pensativamente más de media pierna de cordero tirada en el suelo y pensé algo nada bueno de aquel tipo que desperdiciaba la comida de aquella manera.

—Bueno, chico, voy a continuar mi recital. Compongo poesías mientras recito. Es mi mejor fuente de inspiración.

—Desde luego, Lois. Te comprendo perfectamente —aseguré la mar de serio—. Pero antes, dime: ¿dónde está la cocina?

—Segunda puerta, al fondo a la derecha —contestó la gordita.

Y se olvidó de mí.

Le oí recitar mientras buscaba la cocina. Decía una majadería semejante a esta, más o menos:

El tiempo

y las estrellas.

Cardos galopantes

sobre esqueletos huidores.

Luna de hierro

carcomido por la herrumbre.

Y la sangre.

Mucha, mucha sangre fluyendo de los cardos...

Ustedes verán qué clase de gente se albergaba en Table Ridge cuando una poetisa se permitía tales crímenes con el lenguaje.

Entré en la cocina. Había dos tipos allí.

Uno de ellos era completamente calvo, delgado y vestía algo que quería ser una toga romana, lo cual no le impedía vaciar el contenido de una lata de melocotón con sorprendente rapidez. El otro era joven, más delgado todavía, macilento, con ojos casi fosforescentes. Comía con suaves maneras, como si el hecho de tener que alimentarse ofendiera a su naturaleza delicada y sensitiva.

—Hola —dije—. Yo soy Kevin.

El romano se detuvo unos instantes.

—Me llamo Marco Lucio —dijo—. Escritor. Aunque quizá estaría mejor dicho orador. *Quousque tandem Catilina abutere patientia nostra...*

—«Hasta cuando, oh, Catilina, abusarás de nuestra paciencia»... Eso lo dijo un tal Cicerón, ¿no es cierto? —dije, yéndome en derechura a la colosal nevera que había en un lado de la cocina.

—Sí. El más grande orador de todos los tiempos...

Dejé que el romano siguiera con su perorata. Encontré unos fiambres, busqué café, lo encontré, puse agua al fuego y empecé a comer mientras se calentaba el agua.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —pregunté al jovenzuelo.

—Tengo un nombre, pero aquí me hago llamar Kikky. Pinto —dijo con voz desmayada.

Hice un gesto de desdén.

—¡Pintor! —resoplé.

Kikky me miró airadamente.

—¿Hay algo mejor que traspasar el fuego interior que le devora a uno por medio de impactos cromáticos a una entidad sólida y tangible como es

la tela de un cuadro?

—Chócala —dijo repentinamente, extendiendo mi mano hacia la suya, viscosa y fría como un pescado muerto—. Tú eres de los míos, Kikky. Yo también expreso cromáticamente mis sentimientos interiores, como acabas de decir. Pero no me llamo pintor. Esa es una palabra decadente.

Los ojos de Kikky se animaron un tanto.

—Celebro encontrar alguien que me comprenda a medias —dijo.

Y luego volvió a su mutismo y a su desayuno.

El orador terminó con la lata de melocotones, y yéndose a la nevera, extrajo de ella media docena de huevos duros. Debía tener el estómago de un avestruz.

En aquel momento entró una mujer. Era alta, rotunda, de formas macizas y apretadas, de pelo negro, ojos intensamente verdes y boca grande y roja. Vestía una blusa negra muy escotada por delante y por detrás y unos pantalones rojos, terriblemente ajustados a sus ampulosas caderas. No parecía llevar otra ropa debajo ni tampoco parecía que la necesitara.

—Me llamo Rita —anunció simplemente.

—Kevin —dijo—. Hola, Rita.

—Hola, Kevin.

Fuese directamente al frigorífico y extrajo de él una bandejita con pastas sin grasa, de las cuales empero a mordisquear distraídamente.

—¿Qué haces tú, Kevin?

El agua del café hervía ya. Mientras me lo preparaba, le solté el disco de costumbre.

—Entiendo —dijo—. Pero no hay nada como la música.

—¿Compones? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué haces ahora?

—Una sinfonía. La titulo «Éxtasis temático».

—Te oiré cualquier rato de estos, Rita —dijo.

Merecía la pena hacer algo más que oírla tocar el piano. Desde luego, Rita no había sido la que puso el telegrama en Punta Gorda. Su cuerpo tenía más curvas que la carretera que asciende al Pike's Peak. ¡Vaya hembra!

Terminé de desayunar. El orador se había ido, recitando una larga parrafada de un discurso que pensaba recitar, según dijo, a la noche, cuando nadie le escuchase.

—Yo discurseo para mí —dijo.

Y se marchó, haciendo ondear los pliegues de la larga túnica romana que vestía.

Encendí un cigarrillo, Kikky hizo un gesto de aprensión.

—No fumes en mi presencia, Kevin —dijo.

—Bueno, me iré.

Miré a Rita. Ella me devolvió la mirada con gesto impasible, pero que, sin embargo, quería decir muchas cosas. Entre ellas, que tipos como Kikky la desagradaban sobremanera.

En el vestíbulo me encontré con Morgana. La muchacha me saludó afablemente.

—¿Has desayunado ya? —preguntó.

—Sí, acabo de hacerlo —le ofrecí un cigarrillo, que ella aceptó—. Ven conmigo, Morgana.

Ella me siguió hasta una habitación vecina, que resultó ser una pequeña biblioteca, cuya puerta cerré con todo cuidado.

—¿Quieres algo de mí, Kevin? —preguntó la muchacha.

Estaba encantadora con un suéter sin mangas, de tejido muy fino, que modelaba deliciosamente su firme busto, y unos pantalones cortos, ambas prendas de color blanco.

—Sí. He conocido a cuatro de los zánganos —citó sus nombres—. ¿Cómo pudiste ser capaz de reunir una gente de tal calaña? Ninguno de ellos son lo que dicen ser.

—¿Eh? —exclamó Morgana.

—Bueno, en un sentido estrictamente auténtico —respondí—. Puede que el uno tenga pretensiones de orador y el otro diga que mancha telas, pero en la realidad no son más que unos sinvergüenzas y vividores que se aprovechan de, tu benevolencia. ¿Cuánto dinero te piden y con qué frecuencia?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella; muy sorprendida.

—Esos tipos no se conforman solamente con vivir y comer. Necesitan algo más... y Punta Gorda no está tan lejos. Hay allí sitios donde divertirse y en donde los zánganos pagan igual que las abejas, ¿comprendes?

—Sí —el rostro de la muchacha se ensombreció—. Cada semana, más o menos, les doy cien dólares a cada uno.

Hice un breve cálculo. Cien dólares por nueve, suman novecientos, y por cuatro semanas... casi cuatro mil. Cincuenta mil dólares anuales desperdiciados en aquellos vagos... sin contar las piernas de cordero tiradas al suelo apenas mordisqueadas.

—Me hubiera gustado ser tu padre por unas horas —dije, severamente—. Pero un padre sano, no inválido ni atado a la cama por una lesión en la espina dorsal.

—¿Por qué, Kevin?

—Te hubiera agarrado por la cintura, te hubiera hecho doblarte sobre mis rodillas... y después habrías tenido que dormir un mes seguido boca abajo. ¿Cómo pudo ocurrírsete semejante estupidez?

La muchacha se encrepó.

—No olvides que estás aquí para descubrir al asesino de mi padre —

dijo—. Lo que yo haga o deje de hacer en Table Ridge, es cuenta mía.

Di media vuelta, y sin más, me encaminé hacia la puerta.

Morgana corrió hacia mí, agarrándose por el brazo.

—Kevin.

—¿Qué quieres?

—No te lo tomes tan a pecho, por favor —dijo—. Recuerda que prometiste ayudarme.

Me volví hacia ella.

—En realidad, lo que prometí a tu padre es disolver esta colonia de zánganos —no quise decirle que debía buscar al chantajista y darle su merecido en buenos dólares o buenos puñetazos, a elección—. Hallar al asesino es cosa de la policía.

—Pero trató de matarnos a nosotros también.

—Y lo intentará otra vez, estoy seguro de ello.

El temor asomó a los lindos ojos de Morgana.

—¿Lo crees así, Kevin?

—Positivamente. Pero no me encontrará más desprevenido. Mira.

Llevaba los faldones de la camisa fuera de los pantalones. Levanté aquellos un poco, enseñándole la culata de la pistola sujeta por el cinturón, entre la tela de los pantalones y la de la liviana camiseta que llevaba debajo de la camisa.

—Entonces, trataré de estar siempre muy cerca de ti —dijo ella, temerosamente.

—Será lo mejor para ambos. Y ahora, volvamos al principio. ¿Qué diablos de idea te dio para reunir aquí semejante colección de vampiros?

Ella se pasó una mano por la frente.

—Fue... poco tiempo después de salir del colegio. Papá me dijo que debía viajar un poco, conocer algo de mundo. Fui a Nueva York... allí tropecé con un tipo simpático y agradable. Un tal Leo. ¿Lo has visto?

—No, aún no.

—Estará en su habitación, escribiendo. Me agradó y yo le gusté, aunque no cedí a sus pretensiones de convertirme en su esposa. No siento por él más que una viva simpatía, pero de ahí a casarme, las cosas varían mucho.

—Sigue.

—Él me hizo conocer el ambiente bohemio de Greenwich Village —siguió Morgana—. Me presentó a una cantidad incalculable de artistas de todo género. Me habló también de que estaba harto de la vida convencional que llevaba y que de buena gana se iría a vivir a un sitio desierto, donde no hubiera sino unos pocos elegidos...

—Provistos de un gran frigorífico lleno de alimentos hasta los topes —rezongué—. ¿Y qué más?

—Pues que la idea me agradó, y como mi padre acababa de regalarme Table Ridge, accedí a reunir a esos pocos elegidos. Leo mismo se encargó

de escogerlos.

—¿Y hace de ello...?

—Unos ocho meses, más o menos. Cuando papá se enteró, cosa que tardó bastante en suceder, porque yo no quise decirle nada, se puso furiosísimo.

—A cualquier padre le hubiera pasado lo mismo —comenté amargamente.

Uno tiene que luchar duramente para obtener cuatro o cinco mil dólares al año y aquella idiota despilfarraba, entre unas cosas y otras, pero todas sin el menor provecho, más de setenta mil en el mismo período de tiempo.

—Y entonces —suspiró Morgana, hinchando peligrosamente el tejido de su suéter —fue cuando empezaron a producirse las complicaciones.

—Complicaciones que no han hecho sino empezar.

Pero tu padre tenía razón, y no sé por qué, me parece que tú estás comenzando a ver las cosas claras. ¿Cierto?

Ella sonrió simpáticamente.

—Sí —dijo—. He cometido un error, pero aún estoy a tiempo de enmendarlo.

—Celebro que pienses así —dije—. Yo te ayudaré con todas mis fuerzas, pero con una condición.

—Aceptada de antemano —se expresó Morgana, sin titubear—. ¿Cuál es?

—Libertad absoluta de acción. En caso contrario, colgaré los pinceles y me largaré de aquí.

—Conforme. Y ahora, salgamos. No olvides que tienes que empezar a desempeñar tu papel. Eres un pintor, Kevin.

Levanté los brazos al cielo.

—¡Yo, pintor! —exclamé, provocando sus risas.

Nos encaminamos hacia la puerta y la abrí de golpe. En aquel momento, alguien que había al otro lado, se arrodilló rápidamente para sujetarse la hebilla de una de las sandalias que calzaba.

—Hola —dijo la mujer.

—Hola, Ida —contestó Morgana—. Este es Kevin. Pintor. Kevin, esta es Ida. Poetisa.

—Tanto gusto —contestó Ida. Se puso en pie.

—Era delgada, casi esquelética, y vestía un traje tipo saco que le flotaba por todas partes, acentuando aún más lo que se pretendía disimular. Tenía la tez cetrina y los ojos intensamente negros.

Pensé en ella como la autora de los telegramas. ¿Habla sido Ida la mujer de los ojos de demonio que tan gráficamente me había descrito el *barman* del «Crocodil»?

Podía ser, pero lo dudaba. El tipo me había dicho que era muy alta e

Ida era bajita, menos de un metro sesenta. Además, sus ojos, aunque negros, eran ratoniles, huidizos. No, no parecía posible... pero no podía fiarme del todo, conque tomé buena nota de ello para observarla más adelante.

Ida se despidió rápidamente.

—Me voy a mí cuarto. Se me han ocurrido unas cuantas ideas y quiero anotarlas antes de que se me olviden. Adiós, Morgana. Adiós, Kevin.

Se marchó y yo me pregunté cómo no se oía el crujido de sus huesos al caminar, tan delgada era.

Morgana me miró con aire especulativo. Moví la cabeza.

—¡Hum! —dije solamente. Luego sonreí—. Voy en busca de los pinceles.

CAPÍTULO IX

Aquella noche conocí al resto de los zánganos.

Leo era un magnífico espécimen de hombre, muy pagado de sí mismo y de su espléndida figura. Era un incansable conversador; tenía siempre una chanza discreta y graciosa a flor de labio y, en fin, era el tipo clásico del hombre destinado a vivir de la explotación de su tipo a costa de las infelices mujeres que se enamorasen de él. Estaba seguro de que, pese a sus pretensiones de escritor, esa había sido su única ocupación desde que estuvo en edad de desempeñarla. Para mí que había intuido en Morgana una rica heredera y había decidido convertirla en su presa, a fin de extraerle todo el jugo posible. Pero si estaba yo allí, se iba a llevar un buen chasco. Aparentemente, podía aparecer un individuo superficial pero si se le observaba con un poco más de cuidado, se veía en él al tipo astuto, frío y calculador, que solo suelta una moneda de cinco centavos cuando ve a su alcance otra de diez.

Joanna era también escritora. Su aspecto era corriente. Ni alta ni baja, ni gorda ni delgada, ni rubia ni castaña. Una mujer amorfa físicamente y para mí también síquicamente, pese a que sostuviera unas teorías sociales tan atroces que hubieran hecho palidecer de vergüenza al mismísimo Lenin. Quería arreglar el mundo, pero, ¿por qué no diablos empezaba arreglándose ella misma, dejando aquel maná y buscándose un trabajo decente y sensato?

El último que me faltaba por conocer era un fulano llamado —o que se hacía llamar—. Toll. Era alto, delgado, casi esquelético, con unos ojos profundos debajo de unas cejas picudas, mefistofélicas, que junto con lo saliente de los pómulos, le daban un aspecto de demonio realmente indescrptible. Su extremada delgadez no le impedía comer vorazmente, al mismo tiempo que echaba continuamente pestes de todos los músicos presentes y pasados. Él era el único, por supuesto, seguido a cierta discreta distancia por Rita. Los demás, ¡puah, basura, basura!

Esta era la clase de gente que se albergaba en Table Ridge. No sé cómo se les había ocurrido sentarse juntos aquella noche a la mesa, que las dos criadas que tenía Morgana ponían puntualmente a las horas correspondientes; quizá había sido en mi honor, quizá porque tenían ganas de hablar. Y, santo Dios, las cosas que tuve que oír y soportar en aquella reunión de insensatos. Estaban todos como para meterlos en un saco, atar bien la boca del mismo y arrojarlo luego al pantano.

Leo dedicaba preferentemente sus atenciones a Morgana, la cual, de vez en cuando, me miraba furtivamente, como pidiéndome consejo. Yo,

empleado entre el calvo orador y la esquelética Ida, me sentía lo mismo que un pez en la sartén. Pero creo que no hice mal papel, porque a saltar disparates, pocos me ganaron aquella noche.

El que menos habló, por supuesto, fue Bert, cuya capacidad digestiva me dejaba confuso cada vez que le miraba. El hombre embaulaba cantidades fabulosas de alimento y, estoy seguro, parecía como si se diera cuenta de que la buena vida se le iba a acabar pronto y trataba de aprovecharse de ello cuanto podía.

A mitad de la cena se levantó el orador. Dijo que se sentía inspirado y que quería aprovechar el momento. Ida se fue poco después, murmurando entre dientes algo incomprendible.

Morgana y Leo se pusieron en pie y salieron a la terraza. Él la cogía del brazo con aspecto entre confianzudo y protector. Me molestó el gesto, sin saber exactamente las causas.

Joanna y Toll se enzarzaron en una tremenda lucha dialéctica acerca del poder que la música ejerce sobre las masas. Se fueron charlando como cotorras acerca de temas que ni ellos mismos entendían.

Kikky, el pintorzuelo, se retiró a su estudio. Dijo que iba a pintar el estómago de una ballena en plena digestión, cosa que estuvo a punto de arruinar la mía. Si las miradas tuvieran algún poder, le hubiese convertido en barro, el muy canalla.

Lois empezó a recitar una interminable tirada de versos tan incongruentes como ella misma. Haciendo ampulosos ademanes, que movían sus carnes con temblores mantecosos, se fue del comedor. Bert la siguió, cargado con un plato lleno de fiambres hasta los topes.

Rita y yo nos quedamos frente a frente, cada uno con su respectiva taza de café, servida por una de las criadas, que debían estar curadas de todo espanto, a juzgar por el escaso o ningún interés que mostraban por nosotros. La mujer, cuya edad calculé en unos treinta años, muy bien llevados y peligrosos en extremo, me miró sonriendo.

—Y bien, Kevin, ¿qué te parece esta colección de monos?

La miré cautelosamente. Era lista, muy lista.

—¿A quién te refieres? —pregunté inocentemente.

—No te hagas el tonto, Kevin —dijo. Tomó su taza y me miró por encima del borde—. Te estás haciendo pasar por pintor, pero no has podido engañar a nadie.

Sufrió un fuerte sobresalto que no pude dominar del todo. Rita se echó a reír, enseñándome unos dientes blancos y fuertes.

—Todos sabemos por qué estás aquí, Kevin. Es tontería que lo disimules. Lo único que nos preguntábamos era el aspecto que tendrías. Hay que reconocer que eres un buen mozo, mucho mejor incluso, que ese presumido de Leo, un narciso profesional que empieza a cansarse de explotar su tipo y quiere atrapar una rica heredera, para no tener que

molestarse más en los días de su vida. Vamos, sé sincero, Kevin, ¿qué informe piensas dar de nosotros al albacea testamentario del difunto señor Kessler?

Era inútil disimular con una mujer como aquella. Rita era inteligente y los engaños no hubieran servido para nada.

—Antes de contestar, dime, ¿qué harás tú cuando Morgana cierre Table Ridge? —le pregunté.

El hermoso rostro de Rita se ensombreció.

—Volver a mí vida de antes —dijo secamente.

—¿Qué clase de vida? —inquirí.

—Me titulo compositora, pero apenas si sé aporrear el piano. Eso es lo que hacía en los cafetines de Greenwich Village para ganarme la vida. Eso... y aceptar algunas invitaciones para cenar que me hacían de vez en cuando.

En la voz de Rita latía una nota de indudable tristeza. Pero a juzgar por su tipo, las invitaciones para cenar debían lloverle a diario. Y por lo que podía ver, no era un género de vida que le agradase mucho. Era hermosa y lo sabía, aunque tampoco había podido hallar ningún medio mejor de subsistencia que el mencionado.

—Entonces, volverás a Greenwich Village —pregunté.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —Sonrió de modo muy agradable, franco, sin sofisticación alguna—. Consideraré esta temporada pasada en Table Ridge como una de las más agradables de mi vida, sin preocupaciones monetarias ni acosos por parte masculina. Una vida libre, tranquila y feliz, que pronto se va a acabar gracias a ti, Kevin.

—Comprenderás que un espíritu medianamente sensato no puede prestar ni con mucho su aprobación a lo que aquí está pasando —respondí—. Morgana ha sido engañada, eso es evidente, y tú misma lo sabes —Rita asintió con un movimiento de cabeza—. No te enfades, pero por lo poco que he podido ver y lo menos que entiendo aún, aquí no hay ninguno de vosotros que sea artista ni de lejos, y mucho menos que vaya a serlo con el tiempo. Quisiera no haberte ofendido, pero esa es la verdad para mí, Rita.

—Eres brutal y adorablemente franco —sonrió ella—. Es la pura verdad, Kevin, y solo siento que esto se acabe. Pero también, sabía cuando llegué aquí, que un día u otro tendría que acabarse —suspiró y su busto se dilató con macizas turgencias bajo la blusa—. ¡Qué remedio, volveré a Greenwich Village! No puedo hacer otra cosa, Kevin.

Saqué cigarrillos y le ofrecí uno. Fumamos en silencio durante unos minutos.

—¿Cómo supisteis que iba a venir yo aquí? —pregunté después de las primeras bocanadas.

—Sucedió poco antes de la muerte del viejo Kessler —respondió ella—. Una buena mañana, al despertarme, encontré una nota bajo la almohada.

En ella se me anunciaba que un individuo vendría aquí disfrazado como observador para informar al viejo Kessler. A los demás le sucedió lo mismo. Y luego, cuando nos enteramos de la muerte del padre de Morgana, hubo una alegría general. Lo creas o no, eso es lo que sucedió.

—Y vuestra alegría se vio bien pronto turbada cuando os enterasteis de que el albacea testamentario mantenía los mismos puntos de vista que Kessler.

—Sí.

—¿Qué decía la nota?

—No lo recuerdo con exactitud. Más o menos, que estuviésemos atentos para desenmascarar al traidor.

—¿Y qué haríais cuando lo hubiereis conseguido? Ya lo sabéis todos. ¿Pensáis asesinarme?

Rita se estremeció.

—¡Dios santo, no, Kevin!

—¿Entonces...? Vamos, habla, debisteis adoptar algún acuerdo.

—Te juro que...

—Bah, bah, no jures. Vamos, Rita, no trates de esquivar mi pregunta. He podido darme cuenta de que eres sincera y que comprendes que esta bicoca tiene que acabar un día u otro. ¿Qué acordasteis?

—Pues... —vacilaba visiblemente—, acordamos... darte un susto a ver si te marchabas.

—¿Y en qué iba a consistir el susto?

—No lo sé exactamente. Solo sé que se trataba de causarte miedo, aunque sin daño físico. El caso era que dieras media vuelta sin haber llegado siquiera a Table Ridge.

Contuve una exclamación de asombro que había estado a punto de brotar de mis labios. ¡Un susto! ¿Y qué mayor susto que el que habíamos pasado Morgana y yo la noche anterior al llegar a las inmediaciones de la casa? Diablos, pero aquello había sido más que un susto; el fulano había tirado a dar con el rifle cuando vio que quizá podíamos evadimos de la trampa del puente aserrado.

—¿Quién se iba a encargar del susto?

—No lo sé. Yo dije mi opinión: la misma que te he dado antes. Esto tiene que acabarse y que si tú —o el que viniera—, dabas media vuelta, vendría otro que seguiría adelante. Por tanto, Morgana tendría que cesar en su papel de mecenas. Algunos no lo quisieron ver y siguieron adelante con sus propósitos. Pero yo no continué la discusión, porque me marché.

—¿Quiénes eran los que querían seguir adelante?

Rita vaciló unos instantes.

—Bert... Ida, Lois... Marco Lucio, Kikky... Los demás se mostraban divididos en cuanto al modo de actuar.

—¿Y Leo?

—Permaneció a la expectativa.

—Nadando entre dos aguas, ¿eh?

—Sí.

—Y Morgana, dime, ¿se enteró de lo de la nota y la reunión subsiguiente?

—No. Callamos todos. Yo también, ¿por qué iba a negarlo?

De repente se puso en pie. La imité.

Rita dio la vuelta a la mesa. Se me acercó colocando sus brazos en torno a mí cuello.

—Eres un chico magnífico, Kevin —dijo—. Te deseo el mayor de los éxitos en tu gestión —sonrió—. Ya lo ves, esto va en contra de mis intereses, pero sé comprender que todas las cosas tienen un límite.

—Celebro que seas tan discreta como para entenderlo y no lamentarte de ello, Rita. Y cuando vuelvas a Nueva York, te deseo mucha suerte.

—Gracias —rozó mis labios con los suyos—. Ojalá hubiera conocido antes un hombre como tú, Kevin.

Soltó los brazos y, de pronto, dio media vuelta y se alejó con paso rápido, dejándome solo y completamente desconcertado.

Aquella noche consumí media docena de cigarrillos casi seguidos antes de poder dormirme. Estuve pensando largo rato en todo cuanto había visto y oído y, sobre todo, muy especialmente, en la conversación sostenida con Rita. Era una muchacha inteligente, que se daba cuenta de que vivía sobre un terreno quebradizo que pronto iba a romperse bajo sus pies, pero que, sin embargo, no se quejaba de ello. Se resignaba con su suerte, simplemente.

Finalmente, conseguí conciliar el sueño. Me dormí, más no tardé en tener una pesadilla.

Soñé que me había caído al pantano y que me estaba ahogando, al mismo tiempo que un cocodrilo me devoraba el vientre.

CAPÍTULO X

Las aguas viscosas del pantano fluían lentamente en torno a mí cuerpo. Quería respirar y no podía y al mismo tiempo, el cocodrilo me tiraba feroces mordiscos al vientre. Era una muerte poco agradable, la verdad.

Traté de salir del pantano y no pude. La sofocación fue en aumento, mientras el saurio quería llegarme con sus colmillos a la columna vertebral.

Hice un esfuerzo y logré asomar la nariz fuera de las aguas durante un segundo. El aire penetró a raudales en mis pulmones, pero de nuevo volví a caer en el interior de las aguas. Entonces me desperté.

La sensación de ahogo proseguía. Pero no era producida por mi inmersión en el líquido, sino porque alguien mantenía una almohada apretada contra mi rostro, al mismo tiempo que apoyaba su rodilla en mi estómago.

Estas eran las sensaciones de ahogo y mordisco que había sentido durante la pesadilla, y en cuanto al agua viscosa que me envolvía, era el propio sudor de mi cuerpo, provocado por el mismo estado en que me hallaba.

Al despertarme comprendí que era urgente salvar la vida. El aire escaseaba en mis pulmones cada vez más, al mismo tiempo que la presión de aquella rodilla en mi estómago se había intolerable.

Logré sacar una mano de debajo de la almohada y asesté un golpe a ciegas. Alguien lanzó un gruñido por encima de mi cabeza y apretó aún más la almohada.

Pateé furiosamente. Vi que obrando de aquella manera no conseguía nada práctico, por lo que tuve que pensar en otra cosa más positiva.

Reuniendo todas mis fuerzas, apoyé los codos en el lecho y me incorporé un poco, venciendo la durísima resistencia que me oponían. Luego me relajé de pronto, provocando así un momentáneo desequilibrio en la postura de mi oponente. Entonces hice un movimiento de giro hacia la derecha, antes de que pudiera recobrar su estabilidad, y caí a los pies de la cama.

El aire entró de nuevo en mis pulmones, infundiéndome nuevos bríos. Me puse en pie de un salto, arrojándome contra una sombra que huía precipitadamente.

El individuo se volvió hacia mí. Algo metálico brilló en su mano. Quise esquivar el golpe, pero era ya tarde. Una cosa dura chocó contra mi frente, haciéndome caer de rodillas, a la vez que emitía un agudo grito.

Este grito fue posiblemente el que me salvó la vida. Hasta entonces, la

lucha se había desarrollado en silencio. Pero el presunto asesino temió ser descubierto y sin esperar a rematarme, dio media vuelta y salió de estampía.

Quedé en el suelo, medio arrodillado, con un dolor terrible en la frente y viendo mil estrellas en torno mío. Pronto oí unos pasos presurosos y unas voces de alarma.

Alguien encendió la luz. Leo, Morgana, Rita y alguno más, aparecieron envueltos en sus batas, muy asustados por el grito que yo había soltado.

—¿Qué te ha sucedido, Kevin? —preguntó Morgana.

—¿Te han atacado? —esta era Rita.

—Pero, ¿cómo ha podido suceder tal cosa? —se extrañó Leo—. Es la primera vez que uno de nosotros es atacado a tales horas de la noche.

Ayudado por las dos mujeres me puse en pie, sintiéndome tan débil como un chiquillo recién nacido. Rita, más práctica y con mayor entereza que Morgana, salió un momento, volviendo poco después con una copa de coñac, cuyo contenido despaché de uno solo trago.

—¿Y bien? —exclamó Morgana un tanto impaciente—. ¿Quieres explicarnos lo que ha sucedido?

—Alguien me atacó mientras dormía. Eso es todo lo que puedo decir... y que conseguí echarle de mi habitación, no sin recibir un golpe que es lo que me ha hecho gritar. No puedo añadir más, porque no le vi la cara al individuo.

—¿Por qué te atacaron? —inquirió Leo.

Ida, situada detrás del tenorio, me miraba.

—No sé —rezongué—. Diablos, es la segunda noche que duermo aquí y no me he portado tan mal para dar motivos de enemistad a ninguno de los que viven aquí.

Era preciso seguir desempeñando mi papel; nadie, salvo Morgana más adelante, debía tener conocimiento del diálogo cruzado entre Rita y yo.

—Bueno —sugirió Leo—, quizá fue que alguno se confundió de habitación, tú te asustaste, el otro se asustó también... y de ahí ha venido todo el jaleo. Celebro que no haya sido nada, Kevin.

—Gracias —rezongué. Ida se fue con él.

Las dos mujeres quedaron conmigo. Rita no tardó mucho en despejar el terreno.

—Ponte bueno pronto —me deseó al irse.

—Gracias —respondí.

Morgana y yo quedamos solos La muchacha me miró rectamente.

—Han tratado de asesinarme —dije—. Saben quién soy y a qué he venido.

Ella exhaló un gemido.

—¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Cómo lo sabes, Kevin?

Le relaté la conversación sostenida con Rita después de la cena, sin

omitir ninguno de los detalles que la morena me había contado. Observé a Morgana mientras hablaba, y pude ver la palidez que invadía su rostro.

—Entonces —murmuró—, todos nuestros esfuerzos están condenados al fracaso.

—¿Fracaso? ¿Quién diablos habla de una cosa semejante? Yo estoy aquí para estudiar la colmena de zánganos, ese es el motivo aparente. Pero ninguno sabe, hasta ahora, que tú me has traído para descubrir al asesino de tu padre, que es verdaderamente lo que importa.

—¿Y este atentado que has sufrido hace unos momentos? —observó ella con bastante lógica.

—Puede tratarse de un simple susto.

—¿Cómo el que nos dieron al venir?

Vacilé unos momentos. Tenía la sensación de que allí había algo más que infundirme temor para hacerme marchar. Ya no tenía objeto; Nute era el albacea testamentario y podía disponer a su albedrío de la fortuna del viejo. Todos sabían a qué había ido yo, pero alguno sospechaba que mi estancia en Table Ridge obedecía a algún motivo diferente al de informar sobre las actividades de aquella colmena de zánganos. Y sí, efectivamente, el asesino era uno de ellos, no le interesaba que su identidad fuese descubierta.

—No sé —contesté al cabo de mala gana—. Déjame pensar. Tengo que hacer algo... pero no puedo decirte todavía qué es lo que haré. Si he de decirte la verdad, estoy completamente desconcertado. Necesitaría varios días para observar detenidamente a tus huéspedes, si es que el asesino de tu padre me da ese tiempo.

—Bien —suspiró la muchacha—. Creo que yo tampoco puedo decirte nada.

—A menos que sospeches de alguien en particular.

—Ya te dije cuáles fueron los cinco que faltaron de Table Ridge la noche del crimen. Cualquiera de ellos pudo ser.

—Desde luego. Rita pasó fuera la noche. Y Toll, Ida, Bert y Kikky. Uno de los cinco fue... pero, ¿tenía coche el asesino para desplazarse hasta Naples? Hay ochenta y tantas millas, que entre unas cosas y otras son dos horas para ir, más un tiempo análogo para volver, al cual es preciso añadir un tiempo prudencial en Naples para cometer el asesinato. Ponle cinco horas muy apretadas, entre unas cosas y otras. ¿Había aquí algún coche?

—Sí, el mío, por supuesto. También tengo una furgoneta con la cual traemos de Punta Gorda cuanto necesitamos.

—¿Oíste aquella noche mido de motores?

Morgana se pasó una mano por la frente.

—Es posible, no puedo recordarlo. Ya sabes que aquí cada uno hace lo que mejor le parece.

—Ha pasado ya demasiado tiempo para examinar los dos vehículos —

contesté—. Tendremos que orientar nuestros tiros en otra dirección.

—¿Hacia dónde?

—Quizá mañana pueda decirte algo. O pasado, no sé. Entre tanto, ¿por qué no vas a descansar un poco? Ah, y ciérrate bien por dentro; recuerda que, susto o no, los tiros y el puente aserrado estaban dirigidos contra los dos.

—Si yo muriera —dijo Morgana lentamente—, las pocas posibilidades que aún les quedan a los zánganos desaparecerían automáticamente, Kevin.

—Eso también es cierto, aunque es preciso tener en cuenta que, cuando a uno le va el pellejo en el juego, las comodidades de Table Ridge cuentan poco. Ten cuidado, te lo recomiendo.

Morgana asintió y se marchó. Entonces yo me dejé caer en el lecho, bastante fastidiado y sintiendo todavía en la frente un dolor más que regular.

Encendí un pitillo en la oscuridad. Pensé.

Había una clave para descubrir el misterio. La clave estaba en las cuatro palabras que el viejo forajido había escrito antes de morir.

Mi... otro... es verdad...

Esta era la clave, la llave que abriría la cerradura de la puerta tras la cual se ocultaba el enigma de su muerte.

Pero, ¿quién conocía el significado de la clave?

CAPÍTULO XI

Planté el caballete en el suelo, desplegué el taburete portátil, coloqué una tela en el primero, abrí la caja de, pinturas y empecé a llenar de colores la paleta.

Mientras, realizaba la labor, no perdía la casa de vista. Table Ridge se alzaba a unos cincuenta o sesenta metros de distancia, emergiendo de un bosque de cipreses y sauces en medio del pantano, cuyos vapores amarillentos se elevaban con lentitud de entre las aguas. El grueso tronco de un sauce estaba a mí espalda; al menos, por aquel lado estaba protegido, cosa conveniente si se recordaba que va en una ocasión había sido tiroteado con un rifle de caza.

Empecé a manchar la tela. Pronto sentí unos pasos.

No levanté la vista siquiera, aunque pude distinguir a la regordeta Lois.

—Anoche lo pasaste bastante mal, ¿eh? —dijo.

Levanté un ojo hacia ella. Vestía de la misma manera que el primer día, con la diferencia de que los pantalones eran azules y la blusa amarilla. Trataba de aparentar coquetería y jugar con sus desbordantes encantos para atraer mi atención.

—Un poco —dije modestamente.

—Es la primera vez que sucede una cosa semejante en Table Ridge —dijo Lois.

—¿De veras?

—Sí. ¿No vas a marcharte?

—¿Por qué iba a hacerlo? El tipo se confundió de habitación, yo me asusté, él se asustó, nos pegamos... y eso fue todo. Una equivocación la sufre cualquiera, como puedes ver.

—De todas formas, pensé que te irías —insistió la gorda.

Encogí los hombros.

—Eso no tiene importancia. Aquí se vive en paz. ¿Por qué iba a abandonar un lugar tan paradisíaco?

—No sé. En tu caso, yo me hubiera ido sin más tardanza.

—Pero me quedo. A menos —agregué malignamente— que tengas mucho interés en que me largue.

Lois soltó una risita estridente.

—Por mí puedes quedarte hasta el día del juicio. Allá tú —y se alejó con gran contoneo de sus protuberantes caderas.

Estuve solo cosa de un cuarto de hora. Otro zángano vino a ver mi trabajo. Era Bert, en compañía de un monumental *sándwich* de jamón y qué sé yo cuántas cosas más. Masticó ruidosamente mientras estuvo a mí

lado, saltando necesidades acerca de la luz y de los colores, eructó un par de veces, escupió cuatro más y al fin se marchó.

Diez minutos más tarde apareció Toll. Este me observó en silencio durante largo rato, hasta que al fin dijo:

—¿Eso es lo que ves frente a ti, Kevin?

—No, lo que veo dentro de mí, cosa completamente diferente.

—Ah. Empleas demasiado el rojo, advierto.

—Es que estoy ardiendo en mi interior —repliqué.

—¿Y no encuentras nada con qué apagar ese fuego?

—Solo la expresión cromática de mis sentimientos puede aplacar en parte el ardor de mi otro yo —respondí neciamente.

—A veces —dijo Toll—, esas expresiones se manifiestan de otra forma.

—¿Sí? —respondí cortésmente.

—Sí. Pero no puedo indicarte cuál. Cada uno debe saber expresarse por sí solo, ¿no crees?

—Y caminar sin andaderas también.

—Cierto.

—¿Hasta Naples?

—¿Qué pasa en Naples? —preguntó el aprendiz de Mefistófeles.

—Allí murió el padre de Morgana.

—Ah, sí; lo había olvidado.

—¿Has estado alguna vez en Naples?

—No.

—¿Y en Punta Gorda?

—Varias veces.

—¿Cuántas?

—¿Te importa mucho? —replicó Toll agresivamente.

—Dispensa. Seguiré pintando.

Toll permaneció unos momentos indeciso. Al fin, con acento venenoso, dijo:

—Aquí se duerme mal a veces, ¿verdad?

—Sí.

—Pero en otras ocasiones se duerme muy bien.

—Avísame cuando lo hayas conseguido.

—Te lo diré sin falta. Quizá encuentre pronto la receta de un sueño plácido y sin pesadillas por las noches.

—Lo celebraré mucho, Toll.

—Adiós, Kevin.

—Adiós —dije.

Y luego lo miré suspicazmente mientras se marchaba. Este era uno de los sospechosos. Bert también había estado. Faltaban tres: Rita, el lánguido Kikky e Ida.

Esta se materializó junto a mí de repente, saliendo de detrás del tronco

del sauce como si fuera un fantasma.

—Hola —dijo con voz ronca.

Estaba visto que no iba a poder pintar en paz.

—Hola —contesté.

—¿Qué haces, Kevin?

—Míralo —gruñí lacónicamente.

—Demasiado rojo —criticó.

—Así está mi ánimo ahora. Yo no pinto; expreso mis sentimientos.

—Sangre —dijo Ida proféticamente—. Mucha sangre —y se fue tan silenciosamente como había venido.

Mi «colega», el lánguido, apareció media hora después, cuando yo ya no sabía qué pintar.

De repente tuve un rasgo: me puse en pie, agarré la tela y la arrojé al agua del pantano, situada a unos pasos de distancia. Luego coloqué otra tela y seguí pintando tan fresco.

—¿Por qué tiras la tela? —preguntó Kikky.

—Me dolía.

—¿Te dolía? —exclamó, estupefacto.

—Sí. El subconsciente. Alguien va a morir pronto en esta casa —dije en tono lúgubremente premonitorio.

Kikky pegó un respingo. Yo continué, muy serio:

—He tratado de evitarlo, pero todo ha sido inútil. Por más que me esforzaba en hacerlo, mi mano se iba siempre al rojo. Como ahora, ¿ves? —y de repente, apreté con todas mis fuerzas el tubo de pintura roja y le puse el rostro perdido.

Kikky lanzó una blasfemia que estaba muy poco de acuerdo con su habitual languidez.

—Perdona, chico —dije, precipitándome a ayudarle, con lo cual; lo único que conseguí fue embadurnarle aún más el rostro de pintura encamada—. Como ves, el subconsciente me domina y...

—¡Al infierno tú y tu subconsciente! —aulló Kikky, emprendiendo una veloz retirada.

Me limpié las manos como pude en tanto reía viéndolo alejarse hacia la mansión. Entró en ella e inmediatamente se oyó un chillido que debió hacer saltar un par de vidrios. Por el lugar de donde procedía el alarido, reconocí a Lois. Menudo susto debía haberse pegado aquella poetisa de tres al cuarto, creyendo herido al seudopintor.

Encendí un cigarrillo y seguí pitando. Solo faltaba uno por comparecer. No tardó mucho en hacerse visible.

La opulenta Rita apareció con gran contoneo de caderas, vistiendo unos breves *shorts* y una blusa de escote sin tirantes que, junto con unas sandalias, constituían su única y escueta vestimenta. Llevaba el pelo largo, suelto, y le caía en una larga cascada por los hombros, que emergían,

redondos y dorados, del amplio escote de la blusa que ceñía mal sus mórbidos encantos.

—Hola, Kevin —dijo.

—Me gusta verte, Rita —contesté—. Y no lo tomes a cumplido.

—Gracias. Ese sí que es un cumplido, precisamente por no querer serlo —se apoyó en el árbol de costado, muy cerca de mí, mareándome con su intenso perfume—. ¿Qué tal desempeñas tu papel?

—¿Has visto a Kikky?

Ella rio.

—Lois se ha llevado un susto enorme. En el primer momento creyó que estaba herido. Había que oír las cosas que decía el chico de ti. Y parecía que no podía decir nada más fuerte que «¡caray!».

Reímos a gusto durante unos momentos. Luego, yéndome al grano, dije:

—Rita, la noche en que asesinaron al padre de Morgana, faltaron cinco personas de Table Ridge. Tú eras una de ellas. ¿Dónde estuviste?

—¡Ajá! —exclamó la morena—. Conque entonces investigas algo más que nuestra conducta.

—Dejemos los fingimientos a un lado. Morgana sospecha que el asesino de su padre se esconde aquí, mejor dicho, que es uno de vosotros. Sabe que cinco de sus huéspedes estuvieron ausentes de Table Ridge esa noche. ¿Qué hiciste y adónde fuiste?

La voz de Rita se hizo tensa de pronto.

—Estuve en Punta Gorda.

—¿Puedes demostrarlo?

—Sí.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Verás, Kevin. No soy tonta del todo y hace tiempo que comprendí que este nirvana tenía que acabarse un día u otro. Quería que cuando llegase ese día la lluvia no me cogiese sin paramas.

—¿Y...?

—Estuve en el «Crocodil» primero, luego en la «Posada de Sevilla», y por último, en el «Great Nuttall». Todos estos locales disponen de piano.

—¿Estuviste actuando?

—En cierto modo. Llegué a cada uno de ellos, pedí una bebida y en determinado momento, me senté al piano y toqué un par de piezas, que canté yo misma. Estaba haciéndome la cantante desinteresada; pero, en realidad, tratando de buscarme trabajo con un poco de propaganda.

—¿Conseguiste algo?

—Sí. El dueño del «Great Nuttall» quería contratarle en el acto. Ya dije que de momento solo había querido hacer una prueba conmigo misma, ya que hacía algún tiempo había sufrido una pequeña depresión nerviosa y aún estaba bajo tratamiento. Cuando me curase del todo, volvería y —sonrió débilmente— creo que volveré. Me aplaudieron bastante.

—Me gustaría que triunfases, palabra. ¿Cómo fuiste hasta Punta Gorda?

—En coche, naturalmente.

—¿Qué clase de coche?

—La camioneta. Íbamos Toll, Ida y yo.

—¿Y los otros dos?

—Tomaron el automóvil de Morgana.

—¿Volvisteis juntos?

—No, yo me vi obligada a tomar un taxi, Habíamos quedado citados a una hora determinada en la calle de Ponce de León, pero no comparecieron ni los unos ni los otros. Como eran ya las tres de la mañana, llamé a un taxi y regresé aquí.

—¿Ya qué hora salisteis de Table Ridge para Punta Gorda?

—Alrededor de las seis y media de la tarde.

Medité unos momentos. El primer disparo, después de la entrevista con el viejo Kessler, había sido hecho a las ocho y media. De Table Ridge a Naples se podía ir cómodamente en dos horas. Cabía la posibilidad de que una de las dos parejas, en efecto, hubiese sido la autora del asesinato.

Rita advirtió mis vacilaciones.

—Puedes preguntar en esos locales si quieres, Kevin. Ellos te confirmarán mis palabras sin ningún género de duda.

—Quizá lo haga —sonreí—. De todas formas, muchas gracias, Rita.

—¿Sabes una cosa, Kevin? Me gustaría que, encontrases al asesino de Kessler.

—¿Por qué?

—Morgana es una buena chica. Se lo merece, aunque solo sea por la buena fe que ha demostrado con nosotros.

—Gracias, Rita. Trataré de lograrlo.

Rita estuvo allí unos minutos más, al cabo de los cuales se marchó. Saqué un cigarrillo y lo encendí, fumando pensativamente.

Bien, ya había hablado con los cinco sospechosos. Rita disponía de una buena coartada, pero, ¿y los otros cuatro? Se habían ido por parejas. ¿Cuál de ellas había sido la que se había llegado hasta Naples la noche del crimen?

¿Debía correr un nuevo riesgo, desenmascarándome yo mismo e interrogándolos a fondo? Pero esto entrañaba un segundo riesgo: que ninguno de los cuatro quisiera contestar a mis preguntas, amparándose en mi falta de autoridad oficial para hacerlo. Entonces, ¿cuál sería mi papel?

No pude dar la respuesta a mí pregunta. Algo brilló de repente ante mis ojos con metálicos reflejos. Y en el mismo instante, comprendí que, aun en pleno día, una nueva amenaza de muerte se cernía sobre mi existencia.

CAPÍTULO XII

El objeto que brillaba era nada menos que un fino cable de acero, de unos dos milímetros de sección, que alguien sostenía por uno de sus extremos, haciéndolo ondear de modo que, al enroscarse, pudiera atrapar el extremo libre y sujetar así mi cuello contra el árbol.

Un par de tirones y mi garganta se iría al cuerno con la mayor facilidad del mundo.

Instintivamente levanté ambas manos, protegiéndome la cara. Esto fue lo que me salvó la vida, porque, inmediatamente, sentí el brutal tironazo del cable en la carne de los brazos, a escasos centímetros de los codos.

El acero se me clavó en la carne desnuda, haciéndome sentir un dolor intolerable. Detrás del tronco escuché un fuerte resollar, un pronunciado jadeo, como si el individuo que estaba tirando del cable por ambos extremos, apoyase la rodilla o el pie en el tronco del árbol con el fin de hacer mayor fuerza sobre mí.

No quise gritar, aunque bien sabe Dios que no me faltaban motivos para ello. El dolor era intolerable y mis brazos, pese a los esfuerzos que hacía, retrocedieron hasta situarse paralelamente al eje vertical de mi cuerpo.

El cable de acero se acercó peligrosamente a mí cuello. Casi podía ya sentir su contacto en la carne. ¿Qué clase de individuo era aquel tan osado como para atacarme en pleno día?

Eché la cabeza hacia atrás como pude, pero el tronco del árbol chocó bien pronto contra mi nuca. El cable seguía ejerciendo una presión intolerable contra mis brazos.

Me esforcé en volver las manos para agarrar el cable. Era inútil; no llegaba a él más que con las yemas de los dedos. Solo podía hacer una cosa: ejercer presión en sentido contrario, pero antes de efectuar el primer movimiento, tenía que buscar la sorpresa para conseguir algo positivo.

Realicé algo análogo a lo que había hecho la noche pasada. Relajé mis músculos un momento, provocando así un ligero desequilibrio en la estabilidad de mi agresor y luego empujé hacia adelante con todas mis fuerzas.

Mi gesto le cogió completamente de sorpresa. El impulso que yo había tomado fue tan fuerte, que salí disparado hacia adelante, chocando contra el caballete y metiendo la cabeza por la tela que se hallaba sujeta en el mismo. Caí al suelo, en medio de un fenomenal embrollo de maderas rotas, y tela rasgada, tubos de pintura y pinceles.

Traté de desenredarme de aquel lío lo más rápidamente posible. El

asesino estaba detrás de mi todavía y podía saltarme al cuello provisto de aquel mortífero cable. Pateé frenéticamente, a la vez que movía los brazos con todas mis fuerzas. Al fin conseguí sacar la cabeza del cuadro y ponerme en pie, en medio de una ruina total de mis útiles de pintor.

Di la vuelta al sauce, echando mano a la pistola que llevaba bajo los faldones de la camisa. Solo pude distinguir a lo lejos, a una veintena de metros de distancia, el violento agitarse de unos matorrales. Después, todo volvió a quedar como estaba.

No intenté siquiera seguir al asesino por aquellos parajes; de lo menos que sentía ganas en aquellos momentos era de meterme en algún lugar de donde no pudiera volver a salir. Por lo pronto, había salvado la vida y esto, en medio de todo, contaba mucho.

Lo que no acababa de explicarme era su atrevimiento para lanzar un ataque en pleno día. ¿No se había dado cuenta de que podían verle desde la casa?

Examiné el lugar en torno mío. A la izquierda del sauce y ligeramente detrás del mismo, pero muy junto al tronco, había un gran matorral, yo era visto desde la casa, pero una persona que se situase a la derecha del matorral, y detrás del tronco, no sería advertida. El asesino corría el riesgo de que le viesen mientras me estaba matando, pero en la forma que había actuado, el tiempo a perder era mínimo y, además, dados los cincuenta o sesenta metros que había hasta la mansión, cuando hubiesen querido socorrerme, ya habría sido demasiado tarde. Un par de estrechones con aquel cable de acero que ahora yacía por los suelos, no me hubiera matado por estrangulamiento, sino por los destrozos que hubiera causado en mi faringe y en mi tráquea, destrozos que ni el mejor cirujano del mundo hubiera sido capaz de reparar incluso asistiéndome en el acto.

Sudaba copiosamente. Me limpié la cara con mi pañuelo, mientras sentía un vivo dolor encima de los codos, de los cuales se desprendían algunas gotas de sangre.

Pegué, furioso, una patada a los restos de mis útiles de pintor. Sin preocuparme más de ellos, me encaminé hacia la casa.

El vestíbulo estaba desierto. Subí a mi cuarto y me encerré en el cuarto de baño, desinfectándome las heridas y colocándome luego sendas tiras de tela adhesiva sobre ellas, a fin de evitar posibles y posteriores infecciones. Luego me cambié de ropa; la que llevaba había quedado hecha un asco al caer directamente encima de la paleta de las pinturas.

Cuando estaba terminando de cambiarme, llamaron a la puerta.

—¡Un momento! —grité.

Dos minutos más tarde, abría la puerta. Morgana apareció frente a mí.

—¿Puedo pasar, Kevin? —preguntó.

—¡Estás en tu casa! —dijo, malhumorado.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella, intrigada.

Cerré la puerta cuidadosamente.

—Hace unos momentos —respondí— he estado a punto de morir asesinado.

—¡Oh!

Morgana palideció, al mismo tiempo que se tapaba da boca con la mano. Rápidamente, le narré lo que me había sucedido apenas media hora antes, dejándola asombrada y horrorizada a un tiempo.

—Ahora ya no se trata de disolver una colmena de zánganos —añadí—, sino de algo bastante más serio. Y es preciso que estemos prevenidos o, de lo contrario, acabaremos con la cabeza por un lado y el cuerpo por otro.

—Vine para saber lo que habías conseguido adelantar —expresó ella.

—No es mucho ciertamente —gruñí—. He hablado con los cinco sospechosos, pero salvo uno de ellos, que dijo que pronto habría sangre, mucha sangre, los demás no me han dicho nada de particular. Bueno, Rita ha podido demostrar que no estaba en Naples aquella noche, pero cualquiera de los otros cuatro sí pudo ir allí y matar a tu padre. Mientras uno de ellos atraía nuestra atención con sus disparos, el otro le degolló lindamente.

—¡Kevin, por Dios! —exclamó ella.

—Lo siento, Morgana. Pero es así.

—¿Quién te ha dicho que pronto habría sangre?

—Ida. Bueno, quizá no lo expresó como acabo de decirlo, pero sus palabras así lo daban a entender.

—Ida —repitió la muchacha pensativamente— se toma las cosas demasiado a la tremenda.

—Y el asesino también —rezongué, descontento. Busqué cigarrillos—. Si al menos pudiéramos saber qué quiso decir tu padre con aquellas cuatro palabras que pudo escribir.

—Repítelas, por favor—, me rogó Morgana. Y así lo hice. Ella meneó la cabeza—. No encuentro nada positivo en ellas, Kevin.

—Pues es harto evidente que tu padre quiso decir algo. Muy posiblemente, esas cuatro palabras contienen la acusación que puede revelar la identidad del asesino.

Morgana asintió pensativamente. Lanzó un suspiro. Me miró con aire suplicante, yo me encogí de hombros y luego, dando media vuelta, se dirigió a la puerta.

Me anticipé a abrirla. El blando suelo de la estancia permitía caminar en silencio. Así pudimos ver a Ida, que, como el primer día, tenía dificultades con la hebilla de una de sus sandalias.

—Hola —se disculpó la esquelética muchacha.

Irguí el cuerpo, nos miró con aire receloso y se dispuso a marcharse.

Pero después de lo sucedido, mi paciencia empezaba a agotarse. Lancé mi brazo hacia adelante y la atrapé por uno de los suyos, pegando un

fuerte tirón acto seguido.

Ida lanzó un pequeño chillido al verse tratada de tal manera. La arrojé bruscamente al centro de la estancia y luego cerré la puerta con llave.

—Déjeme ir —barbotó, con la cara verde de miedo.

Morgana exclamó:

—Kevin, ¿qué es lo que te propones?

—Déjame en paz —rezongué—. Quiero saber por qué esta curiosa tiene la manía de andar escuchando siempre detrás de las puertas.

—Yo no escuchaba. Simplemente, pasaba por aquí... —trató Ida de defenderse.

—No digas estupideces —la interrumpí ásperamente—. Mi cuarto es el último de todos y no tienes motivos para circular por este rincón. Estabas escuchando, confíésalo.

Ida estaba acobardada.

—Te juro que no. Era la hebilla de mi sandalia.

—Estás mintiendo descaradamente —dije, agresivamente—. Nos espiabas, lo mismo que al día siguiente de mi llegada. Continuamente me estás espiando. Ayer, esta mañana mientras pintaba, ahora... ¿Qué diablos pretendes, chica?

—Yo...

—Te lo diré de otra forma. ¿Recuerdas la noche en que el padre de Morgana fue asesinado? Tú, Toll y Rita fuisteis a Punta Gorda en la camioneta y allí se separó esta última de vosotros. Luego viajasteis hasta Naples para asesinar al padre de Morgana, para que de este modo no os suprimiera la asignación, como había amenazado con hacer, y pudierais así continuar esta vida de vagos y chupópteros a costa de la chica. Uno de los dos disparó para dejar el campo libre, y el otro, entonces, apostado ya en la verada posterior, clavó el cuchillo en el cuello de Kessler. Dime que no es cierto que lo hicisteis así.

—¡No, no! —chilló Ida histéricamente—. ¡Juro que no fuimos ni Toll ni yo! Sí, es cierto que fuimos a Naples, pero yo no hice lo que has dicho, Kevin.

—¿Quién fue, entonces? ¿Toll?

Los sollozos estremecían el endeble cuerpo de Ida.

—Me... nos separamos en... en Naples. Dijo que... tenía que hacer una cosa y que volvería luego a buscarme.

—¿Se llevó la camioneta?

—Sí.

—¿Sabes si llevaba armas?

—Sí. Tenía una pistola. Decía que la llevaba siempre consigo para defenderse. Le creí, sus razones parecían convincentes.

Morgana asistía al interrogatorio completamente asombrada.

—¿Y qué hizo después Toll?

—No lo sé. No me lo quiso decir.

—¡Estás mintiendo, Ida! —exclamé duramente—. Lo sabes, pero tratas de defenderlo. Recuerda que se trata de un caso de asesinato. La policía no será tan blanda como yo cuando te interrogue... y lo hará a fondo, te lo aseguro. ¿Podrás demostrar cumplidamente dónde pasaste el tiempo en Naples?

El rostro de la chica se tomó ceniciento. Sus dientes castañetearon audiblemente.

—¡Dios mío! —murmuró, aterrada.

—Vamos, habla. Lo hago por tu propio bien. Cuanto más hables, menos culpa para ti, Ida.

Ella se tapó el rostro con las manos y empezó a sollozar amargamente.

—Ese hombre me ha traicionado... Dijo que iba a casarse conmigo... Le creí, le creí... Y ahora dice que me vaya... que me vaya al diablo, que ya no le hago falta para nada...

El aspecto de la pobre muchacha no podía ser más patético. Fea, pobre, desgarrada, posiblemente nadie en su vida le había dicho una sola palabra de amor y había creído con toda su fe, en la primera que había escuchado. Verdaderamente, inspiraba lástima.

Pero también era preciso desentrañar el misterio. Seguí con el interrogatorio.

—¿Por qué te dijo Toll que ya no le hacías ninguna falta?

—Se echó a reír cruelmente. Dijo que en lo sucesivo tendría mucho dinero, y que entonces... encontraría mujeres infinitamente más hermosas que yo. Rita... Rita le seguiría adonde él quisiera... sin más que chasquear los dedos...

—Bien, ¿y qué más ocurrió al llegar a Naples?

—Simplemente, me dijo que le esperase en determinado lugar, pues iba a encontrarse con el señor Kessler. No sé más. Lo otro me lo dijo al día siguiente de la muerte de tu padre, Morgana, mía vez hubimos vuelto ya a Table Ridge.

—Es decir, que mientras el padre de Morgana vivió, Toll continuó haciéndote el amor.

—Sí —sollozó la muchacha.

Miré a Morgana. Las cosas empezaban a parecer mucho más claras.

—¿No te dijo Toll de qué tenía que hablar con el padre de Morgana?

Los ojos de Ida se abrieron desmesuradamente.

—¡El padre de Morgana! Pero si no...

De repente, Morgana lanzó un chillido agudísimo.

—¡Kevin!

El brazo de la muchacha estaba extendido hacia la puerta, que acababa de abrirse en aquellos momentos. Una figura humana apareció bajo el umbral, con algo que brillaba en sus manos.

Ida también se volvió. Un horrible; chillido se escapó de sus labios, al mismo tiempo que un relámpago de plata cruzaba el espacio. El estremecedor sonido de un cuchillo al hundirse hasta el mango en la carne, llegó a mis oídos con toda claridad.

El grito de Ida se transformó en un sollozante quejido. Mientras se derrumbaba hacia adelante, yo salté en dirección a la puerta.

Crucé el umbral. En aquel momento, algo me golpeó en la cabeza con terrible fuerza. Creí que el Universo entero estallaba en mil pedazos y que después quedaba enteramente destruido, porque la noche se hizo a continuación.

CAPÍTULO XIII

Desperté bastante después, sintiendo sobre mi cabeza el consolador peso de una bolsa de hielo. Traté de abrir los ojos un par de veces, pero hasta un gesto tan simple provocaba en mí unas tremendas rachas de dolor.

Alguien se dio cuenta de que me había despertado y me puso en la boca un par de aspirinas y a continuación un vaso con agua. Esperé en silencio diez minutos.

Las aspirinas hicieron un poco de efecto. Entonces intenté de nuevo abrir los ojos y esta vez con pleno éxito.

Había dos mujeres en la estancia: Morgana y Rita, y ambas me contemplaban con sumo interés.

—¿Te encuentras mejor, Kevin? —preguntó ansiosamente la primera.

—Me alegro de que no haya sido sino un simple golpe, Kevin —expresó la segunda, con acento lleno de simpatía.

—Gracias. ¿Qué... qué ha sido de Ida?

El rostro de Morgana se ensombreció.

—Está en su cuarto... Muerta... El cuchillo le atravesó el corazón instantáneamente.

—¿Y el asesino? ¿Pudisteis verle la cara?

Morgana denegó con la cabeza.

—No. La llevaba envuelta en un gran pañuelo, que solo le dejaba los ojos al descubierto.

—Consiguió huir —murmuré.

—Sí. Todo fue tan rápido... Estaba muy aturdida, compréndelo —me respondió Morgana—. Los dos estabais caídos en el suelo... No sabía a quién atender.

—¿Viste, al menos, por dónde huyó?

—Sí. Se metió en mi cuarto —dijo Rita, terciando en la conversación—. Yo no estaba, pero a juzgar por lo que dice Morgana, tuvo que ser por allí. La distancia al suelo es corta, y da al sitio donde tú estuviste pintando. En pocos segundos tuvo tiempo sobrado de desaparecer en el pantano.

—Es igual —dije—. A juzgar por lo que nos ha dicho Ida, es suficiente para saber que fue ese tipo con aspecto de Mefistófeles que se llama Toll... ¡Mefistófeles! —exclamé de pronto, sentándome de golpe en el lecho.

—¿Qué te pasa? —exclamó Morgana, muy alarmada, al ver la expresión de mi rostro.

Hice chasquear los dedos.

—¡Ya lo tengo! —dije—. Pero, ¿por qué no habré sabido verlo antes?

—¿Quieres explicarme de qué se trata? —preguntó la muchacha, un tanto impaciente.

—El *barman* del «Crocodil» me dijo que los telegramas para vuestro padre habían sido puestos por una mujer muy alta, delgada, casi esquelética, con ojos de demonio... ¿Os habéis fijado en los de Toll?

—Toll no tiene ojos de demonio y... ¡Cómo! ¿Sugieres que se disfrazó de mujer para ir a poner esos telegramas? —exclamó Morgana, enormemente sorprendida.

—No lo sugiero, sino que lo afirmo.

—Pero él no tiene ojos de demonio.

—El *barman* se confundió, hasta cierto punto. Son sus cejas picudas las que le confieren esa expresión.

—¡Es cierto! —exclamó Rita—. A veces parece que esté una mirando a un diablo cuando le mira a él.

—Y si se disfrazó de mujer, fue con el objeto de poder despistarnos más tarde, por si se producía un incidente inesperado —alegué.

—Pero, ¿cómo demostrarlo, Kevin? —preguntó la muchacha.

Me mordí los labios un momento. Luego eché los pies fuera de la cama y me puse las sandalias, pues no me habían desnudado después de recibir el golpe.

—Vamos a comprobarlo ahora mismo. ¡Ah, otra cosa! ¿Habéis avisado a la policía?

—¿Cómo vamos a hacerlo si en Table Ridge no hay teléfono? —respondió la muchacha.

—Es cierto, lo había olvidado —murmuré—. Vamos.

En los primeros momentos tuve ciertas dificultades para caminar. Después, a medida que lo hacía, fui asentando la figura hasta volver casi a la normalidad, excepto por un pequeño dolor de cabeza que no acababa de irse del todo.

Hice que Morgana me condujera hasta el garaje. Los dos coches estaban allí guardados. Después de un minucioso registro, encontramos, bajo el suelo de la furgoneta, una peluca de mujer y un vestido femenino, junto con unas sandalias de tacón bajo.

Morgana me miró consternada.

—¡Dios mío! —exclamó—. Toll, un asesino... Pero, ¿cómo iba a suponer semejante cosa de un individuo como él? ¿Esa es la forma de pagar todo cuanto hice en su favor?

—Por no perder esta bicoca, tomó parte en la muerte de tu padre primero y en la de Ida después. Esto sin contar los atentados de que fuimos objeto tú y yo. Y ahora, naturalmente, ha huido después de matar a la pobre muchacha a quién engañó tan canalllescamente para que esta no le delatara.

—Pero Ida ya había hablado —arguyó la muchacha.

—No del todo. Recuerda su última frase. Parecía dar a entender algo negativo referente a tu padre. ¿Qué es lo que quiso decir? ¿Recuerdas la frase?

Morgana asintió pensativamente.

—Sí. Parecía decir como si no hubiese ido a ver a mí padre o que mi padre no fuese... Kevin, ¿qué es lo que no era mi padre?

—Hablando con Toll lo sabremos —dije, con voz dura—. Ahora regresemos.

Volvimos a la casa. Bert y Kikky estaban en el comedor. Hice que una de las criadas buscara a los restantes y aguardé hasta que todos estuvieron reunidos en la pieza.

—Damas y caballeros... —empecé diciendo—. Esta misma tarde se ha cometido en esta casa un repugnante asesinato, del cual ha sido víctima uno de los huéspedes de la señorita Kessler. El asesino ha sido otro huésped, el llamado Toll. Démosle ese nombre, porque ignoramos si es o no el suyo auténtico. Conozco parcialmente las razones y sé que están íntimamente ligadas con la muerte del señor Kessler. Si alguno de ustedes conoce algún dato o alguna pista que pueda ponernos sobre las huellas del asesino, le agradeceré me lo manifieste enseguida. Tengan en cuenta que si alguno sabe algo y lo oculta puede convertirse en cómplice de un homicida y esto le acarrearía graves perjuicios que no es necesario mencionar siquiera.

Miré a los zánganos uno por uno. Todos permanecieron en silencio, mirándome especulativa cuando no hostilmente. Después de una corta pausa, proseguí:

—Ya sé que mi presencia en Table Ridge molesta a muchos de ustedes, por no decir a todos. Estoy aquí para informar al señor Nute, albacea testamentario de la señorita Kessler, acerca de lo que ocurre en esta mansión, y, naturalmente, dicho señor Nute actuará a la vista de mi informe. Ustedes saben también que corre grave peligro su vida de descanso y holganza gratuitos, y por eso están en contra mía. Pero ahora ya no se trata de vivir mejor o peor, abriendo únicamente la boca para que les caiga en ella el maná tan pródigamente derramado sobre ustedes por la señorita Kessler. Ahora la cosa es más grave, porque hay de por medio dos asesinatos: el del padre de su anfitriona y el de Ida. Si tienen algo que decir, háganlo, antes de que alguien con más fuerza moral y jurídica que yo empiece a preguntarles y de una forma menos correcta, además.

El silencio continuó. Y la hostilidad también.

—De acuerdo —dije al cabo de casi un minuto de vana espera—. Nadie sabe nada. Peor, pues, para el que haya cometido o tenido complicidad en tales hechos. Podemos cenar, si no te importa, Morgana.

—Desde luego, Kevin.

La cena transcurrió en un sombrío silencio, interrumpido apenas por las

frases usuales. Al terminar, la reunión se disolvió y cada uno de los huéspedes tomó el camino de su cuarto.

Morgana y yo quedamos solos en la pieza. Ella me miró con gesto suplicante.

—Kevin, ¿qué haremos ahora?

Me acerqué a ella y la tomé de las manos. Estaban heladas, casi sin pulso.

—No he querido hacerlo en presencia de los demás huéspedes, pero voy a interrogar ahora a los dos sospechosos que me falta por ver. Uno de ellos es Kikky. El otro es Bert.

—¡Oh! —exclamó ella, con acento dolorido—. ¿Supones que han tenido algo que ver con el asesinato de mi padre?

—No puedo asegurar nada hasta no haber hablado con ellos. De sus respuestas depende la contestación que yo pueda darte.

El seno de Morgana palpitó suavemente. La acerqué a mí y ella buscó mi protección instintivamente, rodeándome el cuello con sus brazos. Sentí el trémulo latir de su corazón muy junto al mío.

Durante unos momentos, permanecemos en silencio. Uno de sus rizos me cosquilleó en la mejilla.

Bajé la cabeza. Morgana me miraba con expresión anhelante, la respiración entrecortada y los labios entreabiertos.

No pude resistir la tentación y la besé. Ella no se negó, antes al contrario, se apretó más contra mí, al mismo tiempo que devolvía el beso con suave vehemencia.

Permanecemos unidos unos momentos. Luego me separé ligeramente de ella y la miré. Morgana estaba confundida, pero se sentía feliz.

—Oh, Kevin —murmuró, apoyando la cabeza en mi pecho.

Acaricié suavemente sus cabellos. Estuvimos así un rato hasta que, de pronto, sentimos unos pasos en el vestíbulo.

Una persona lo cruzaba rápida y cautelosamente. Separándome de la muchacha, me lancé hacia la puerta, abriéndola en el momento en que Kikky iba a abrir la de salida.

—¡Eh! —exclamé—. ¿A dónde vas?

El pintorzuelo llevaba un pequeño maletín en la mano. Sus ojos me contemplaron con expresión hosca.

—Me voy de aquí —dijo—. No puedo seguir un momento más en una casa donde se asesina a la gente.

Le miré con rabia. De pronto, antes de que se diera cuenta de lo que iba a hacer, salté hacia él y le tomé por el brazo.

—¿Esta es la manera que tienes de agradecer a la señorita Kessler la hospitalidad que te ha dado durante tantos meses?

—Suéltame —dijo el individuo—. Suéltame o...

Le di un empujón tal que lo hice casi volar hasta el comedor. Trató de

volverse, pero en mis manos era poco menos que una pluma. Penetró en la pieza con la violencia de un obús y a punto estuvo de estrellarse contra la mesa.

—Cierra la puerta, Morgana —dije—. Este caballerete y yo vamos a sostener una interesante conversación.

Mientras la muchacha obedecía, me enfrenté con el tipo.

—¿Dónde estuviste la noche en que el señor Kessler fue asesinado? —pregunté.

CAPÍTULO XIV

Kikky tardó unos segundos en contestar. Todo su cuerpo estaba acometido por un intenso temblor y su rostro daba la sensación de que estaba poseído por un miedo cerval.

—Yo... —tragó saliva—. Yo no fui...

—Nadie te ha acusado de ser el asesino del señor Kessler —manifesté—. Lo único que deseo es que contestes a mis preguntas: ¿Qué hiciste aquella noche? Tú y Bert tomasteis el coche para dirigiros a Punta Gorda, pero en realidad fuisteis a Naples, donde residía el padre de Morgana. ¡Contesta!

Kikky se humedeció los labios. Miró a Morgana suplicantemente y luego volvió los ojos hacia mí.

—Yo no fui a Naples —dijo plañideramente—. De verdad, lo juro, me quedé en Punta Gorda.

—¿Con Bert?

—No. Solo. Bert se marchó.

—¿A dónde?

—No lo sé. No quiso decírmelo.

—¿Quién se llevó el coche después de haber llegado a Punta Gorda?

—Bert. Dijo que tenía que ver a un amigo y que se reuniría conmigo a las once de la noche.

—¿Volvió a esa hora?

—No. Tardó algo más, llegó cerca de la una.

—¿Lo observaste a su llegada?

—Sí. Parecía un poco nervioso. Se disculpó por haber llegado tarde.

—¿No te dijo dónde había estado?

—No. En absoluto. Además, no se lo pregunté siquiera.

—¿Sabes si pudo llegar hasta Naples?

—Puede ser... Ahora que lo recuerdo... El coche estaba cubierto de polvo. Daba la sensación de haber rodado durante largo rato.

—¿Cómo pudiste apreciar el detalle, si era de noche?

—Habíamos quedado en encontramos en «La Posada de Sevilla». El rótulo de neón tiene mucha potencia y aquel sector de la calle está iluminado como si fuese de día.

Miré a Morgana. El detalle era revelador. El polvo en el coche indicaba que había recorrido, de ida y vuelta, la distancia entre Punta Gorda y Naples, unas ciento setenta o ciento ochenta millas en total. Y todavía indicaba más.

Toll y Bert habían hecho el viaje por separado para pasar mejor

desapercibidos, reuniéndose luego en Naples con objeto de llevar a cabo el crimen, un crimen estúpido, porque Nute seguía viviendo y disponiendo del dinero de la muchacha. La muerte de Kessler no les había servido a los asesinos para nada. Todo seguía igual... y a Nute les sería un poco más difícil asesinarlo. Nute era listo; astuto y rápido, y no se dejaría agarrar en una encerrona como el difunto «gangster».

—Hasta ahora estoy conforme con tus respuestas —manifesté—. Pero, dime: ¿cómo puedes probar que no fuiste a Naples?

—Estuve casi todo el tiempo en «La Posada de Sevilla» —contestó el tipo, sin vacilar.

Le miré fijamente durante unos segundos. ¿Era verdad lo que decía? De pronto se me ocurrió una idea.

—Relátame las atracciones que actuaron aquella noche en el local.

—Ya lo creo —contestó Kikky, con calor inusitado—. Rita estuvo tocando el piano y cantando. La aplaudieron mucho...

—Suficiente —dije—. Ahora olvida tus locas ideas de largarte de Table Ridge y sube a tu cuarto —levanté ligeramente los faldones de la camisa para que viera la pistola que guardaba bajo la prenda—. Si veo que tratas otra vez de escaparte, tiraré contra ti, ¿estamos?

El rostro del pintor se cubrió de una intensa palidez.

—Sí...; sí... —dijo, abriendo mucho la boca.

De repente, dio media vuelta y echó a correr.

Morgana y yo nos miramos unos segundos.

—Bien, ya tenemos a otro de los pájaros de cuenta que asesinaron a tu padre —dije.

—¡Dios mío! —murmuró ella, pasándose una mano por la frente—. ¿Es posible que unos hombres se hayan convertido en asesinos solamente para no perder esta vida de holganza?

Asentí con lentos movimientos de cabeza.

—La mente humana es capaz de concebir las más disparatadas y turbias ideas —respondí—. Y no creas que la gente que trajiste a Table Ridge tiene la cabeza demasiado firme sobre los hombros. Posiblemente, a los que asesinaron a tu padre les hablarías de robar y se negarían horrorizados, pero en cambio no les importó concebir y llevar a cabo un plan que les permitiera continuar esta vida... Y ahora que ya sabemos lo que hizo Kikky aquella noche; vamos a ver qué nos cuenta el tipo de las barbas.

Morgana quiso venir, pero se lo impedí.

—Deja, iré yo solo.

Ella insistió.

—Se trata de mi padre, Kevin —dijo.

—Está bien. A fin de cuentas, creo que tienes derecho y...

Me interrumpí de repente. Estaba pensando en dos frases, a mí entender las que contenían la clave de todo.

Una de ellas era la que Kessler había escrito segundos antes de su muerte. La otra...

«¡El padre de Morgana! Pero si no...»

¿Qué diablos había querido decir Ida con aquellas palabras? ¿Estaban relacionadas con la frase que Kessler había escrito?

La muchacha me miraba inquisitivamente. De pronto, sacudiendo la cabeza, la tomé por el brazo y eché a andar.

—V amos —dije.

Salimos del comedor, dejando abandonado el maletín con los efectos personales del pintor. Subimos la escalera que conducía al piso superior.

—Guíame tú —dije—. Todavía ignoro dónde duerme Bert.

Morgana me condujo hasta la habitación del barbudo. Toqué con los nudillos en la puerta.

Nadie me contestó, aun después de haber hecho dos o tres llamadas.

—¿Qué le pasará? —pregunté.



La sensación de ahogo prosiguió...

De pronto, la mano de la chica se crispó en torno a mí brazo.

—Kevin, tengo miedo, mucho miedo —susurró.

El silencio era deprimente. ¿Se habría fugado el tipo?

Había una forma de saberlo: entrando en su habitación. Pero nos lo impedía un pequeño obstáculo.

La puerta estaba cerrada con llave. Me arrodillé, y traté de mirar al otro lado de la cerradura, sin conseguir ver nada en absoluto.

—Morgana —dije—, ¿quieres traer un periódico, una revista o algo por el estilo?

La muchacha asintió no sin hacer un gesto de extrañeza. Volvió un minuto después con un periódico, que hice pasar casi completo por debajo de la puerta.

Luego saqué de mi bolsillo un manojito de llaves y elegí la más conveniente, introduciéndola en la cerradura. Después de algunos tanteos, la llave que había al otro lado acabó por caer. Tiré del periódico con suavidad y la llave pasó a mis manos.

El resto fue fácil. Abrimos la puerta, accioné el interruptor de la luz... y casi en el acto tuve que echarme sobre Morgana para impedir el grito de horror y espanto que pugnaba por brotar de sus labios.

Tapé su boca con una mano, mientras que con la otra agarraba su cintura y la hacía volverse de espaldas al cadáver de Bert.

CAPÍTULO XV

No es que esté familiarizado con la muerte, pero tampoco me asusta ver un muerto de cuando en cuando. Sin embargo, en aquella ocasión, el aspecto que presentaba el cadáver de Bert no tenía nada de agradable.

El asesino había fracasado conmigo, pero no con el barbas. El cable de acero se había hundido tan profundamente en la carne de su cuello, que apenas si se veía el brillo metálico más que en la parte de la nuca, donde había sido hecho un nudo, dentro del cual se había colocado un trozo de madera. El palo había servido para dar vueltas al nudo y apretar así el lazo que en cuestión de segundos había causado la muerte de Bert.

Sentí que la comida me subía y me bajaba por el esófago. Pero el continuo temblor que agitaba el cuerpo de la muchacha me hizo atenderla y olvidarme de mí mismo.

—Calma, Morgana —dije en voz baja—. Esto ya se ha terminado y Bert no podrá hacerte el menor daño —aún tenía su boca tapada—. Si me prometes no gritar, te soltaré.

Ella asintió con un parpadeo. Entonces se me arrojó al cuello y se estrechó con fuerza contra mí.

—¡Dios mío! —musitó—. ¿Es que no van a terminar nunca los crímenes?

—Por lo que estamos viendo, el asesino tiene intención de liquidar a todos quienes le estorban.

—Pero, ¿por qué a Bert?

—Fue uno de sus cómplices y le interesaba eliminarlo. Lo mismo que a Ida.

—¿Supones que ha sido Toll?

—Muy probable —contesté.

—Pero, ¿y Toll? ¿Dónde se ha escondido Toll?

—En este paraje hay sitios de sobra para hacerlo y no ser hallado si uno no quiere, Morgana.

Ella fue a mirar hacia el interior de la habitación, pero se contuvo a tiempo, no sin antes sufrir un fuerte estremecimiento. Me agarró por los hombros con fuerza.

—Kevin, tenemos que hacer algo y pronto —dijo.

—No sé más que una cosa, querida —respondí.

—¿Qué es ello?

—Llamar a la policía. Hablando con toda sinceridad, me siento impotente para resolver este caso.

—Pero el puente está cortado. No podemos ir a Punta Gorda.

—Trataré de salvar ese obstáculo... de día, naturalmente. Mañana por la mañana, apenas amanezca, iré a avisar a la policía. Quisiera no hacerlo, pero no me queda otro remedio.

—¿Por qué? —me miró ella con sus grandes y luminosos ojos.

Medité unos momentos. ¿Debía revelarle la verdad? El viejo forajido no había querido que su hija supiera nunca la clase de hombre que había sido. ¿Podía considerarme yo con la suficiente autoridad para abrir los ojos de Morgana y hacerle saber quién había sido el autor de sus días?

Morgana repitió la pregunta.

—Vamos a tu cuarto —dije—. Tengo que hablarte.

Ella vaciló míos instantes, pero acabó por acceder. Cerré la habitación con llave, que guardé en mi bolsillo, y luego, sigilosamente, nos encaminamos a su cuarto.

Una vez allí, tomé dos sillas y la hice sentar en una. Yo me senté casi frente a ella, mientras tomaba sus manos con las mías.

—Morgana, voy a decirte una cosa, pero has de prometerme tener valor. No llores ni te excites. A fin de cuentas, tú no tienes en absoluto la culpa de lo que sucede ni de lo que haya podido ocurrir en el pasado. Pero tal como se están presentando las cosas, lo mejor es que sepas la verdad de mis labios, antes de que otro te la diga y no con tan buenos modales, acaso.

—Kevin, me estás asustando —dijo con voz temblorosa.

—En todo caso, son los vivos quienes deben asustarte, no los muertos. Los muertos no pueden hacerte daño alguno... físico, por lo menos, se entiende. Escucha...

Estuve hablando durante unos minutos, relatándola minuciosamente todo lo ocurrido desde el momento en que había recibido la llamada de su padre hasta que ella vino a buscarme. Al enterarse de la verdad, Morgana lloró amarga y silenciosamente durante un buen rato.

Dejé que se desahogara. De nada habrían servido mis palabras de consuelo. Este vendría con el tiempo. Por el momento, nada podía hacerse.

Al cabo de un rato, Morgana levantó hacia mí sus ojos enrojecidos por el llanto.

—Dios mío —murmuró—. Es horrible enterarse de que el padre de una, a quién siempre creyó el mejor de los hombres, fuese un... un...

—Calla, no digas nada —la atajé—. Si pecó, ya ha purgado sus pecados. Pero tú eres inocente en absoluto de lo que sucede. Nadie puede culparte de lo ocurrido. Por eso he preferido decírtelo yo antes de que lo haga la policía, que no usará de tan buenas maneras, ¿comprendes?

Morgana asintió con la cabeza. Para terminar de tranquilizarla, encendí un cigarrillo y se lo puse entre los labios.

—Pero no comprendo qué relación puede haber entre los supuestos chantajistas y mi padre —dijo al cabo—. Además, también querían

matarnos a los dos. Si hubiera muerto yo, los zánganos habrían debido abandonar Table Ridge. Al contrario, su interés estribaba precisamente en defenderme.

—En eso estoy de acuerdo contigo —dije—. Pero se han producido ya dos muertes... y los cadáveres están aquí. El asesino estará rondando la casa y no podemos exponernos a que siga cometiendo más crímenes. Estoy seguro de que hasta ahora han muerto sus cómplices. La próxima nos toca a nosotros. Y voy a evitarlo, sea como sea.

—Entonces, irás a la policía —murmuró ella, con un hilo de voz.

—Mañana mismo, apenas amanezca —decreté. Me puse en pie y la tomé por los hombros—. Es lo más sensato para los dos, querida.

Ella asintió con una pálida sonrisa.

—Gracias por todo —murmuró.

Se puso de puntillas y rozó sus labios con los míos.

—Ciérrate con llave y no abras a nadie que no sea yo, ¿estamos? —recomendé ya desde la puerta.

—Lo haré así, Kevin —prometió.

Me encaminé hacia mi habitación. Antes de llegar a ella, sin embargo, se abrió una puerta a medias.

Rita apareció envuelta en un peinador de flotantes velos que, ciertamente, no hacía trabajar mucho al cerebro para saber lo que había debajo. Su rostro aparecía serio.

—Kevin, ¿qué ha sucedido? —indagó.

La miré fijamente durante unos instantes.

—Anda suelto un asesino —respondí—. Bert ha sido asesinado.

Rita se puso la mano en la boca, en tanto sus ojos se dilataban por el espanto.

—¡Dios mío! ¿Es cierto?

—Positivamente. Lo han estrangulado con un cable de acero.

—¿Por qué?

—Tengo forjada una hipótesis, pero... Anda, lo mejor será que te vuelvas a la cama y te encierres con llave. Mañana, apenas amanezca, iré a llamar a la policía.

Rita no se hizo de rogar dos veces. Pronto pude escuchar el ruido de una llave en la cerradura de su puerta. Seguí mi camino y llegué a mi habitación.

Encendí un cigarrillo. No tenía sueño todavía, por lo que me puse a pasear, mientras meditaba. Trataba de hallar una solución para mi problema, sin poder encontrarla, por el momento.

La verdad, me sentía un poco avergonzado de mí mismo. Me habían llamado para resolver un caso, y no solo no lo había conseguido, sino que, además, se habían producido dos muertes, lo cual me obligaba a llamar a la policía. Tal como se estaban poniendo las cosas, no podía diferirlo por

más tiempo del estrictamente necesario. Cuando amaneciera, iría a Punta Gorda. Por la noche era peligroso caminar a través de los pantanos. Corría uno el peligro de caer en las fauces de los cocodrilos.

Furioso por no encontrar el remedio para mis males, arrojé el cigarrillo a un cenicero y me dispuse a dormir. Pero apenas había empezado a desabrocharme la camisa, cuando sonó un terrible chillido.

La voz era de Morgana e indicaba claramente que se hallaba en un grave peligro. El grito se repitió.

No me lo pensé dos veces. Salí de la estancia como una tromba, pistola en mano, y llegué a su habitación, justo en el momento en que ella abría la puerta, sollozando histéricamente.

—¡Kevin! ¡Kevin! —llamó a gritos.

Y se arrojó sobre mí, temblando de pies a cabeza.

—Vamos, vamos —dije—. Cálmate, ya estoy aquí. Cuéntame, ¿qué te ha sucedido?

Apenas podía hablar. Las palabras fluían atropelladamente de su boca y resultaban ininteligibles.

Varias puertas se abrieron y los ocupantes de los cuartos respectivos salieron al pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joanna.

—¿A quién están degollando? —dijo el orador pomposamente.

—Morgana, ¿puedo ayudarte? —inquirió Rita.

—No ha sido nada de particular —dije—. Ha tenido una pesadilla, eso es todo. Retírense a sus habitaciones, por favor. Morgana está muy nerviosa por la muerte de Ida y eso es lo que la ha hecho gritar. Por favor...

Marco Lucio me arrojó una mirada llena de sospechas. Lois curvó los labios en una mueca despectiva. «¡Pesadillas! ¡Bah!», parecía decir.

Rita y yo nos miramos. La sugestiva morena comprendió al instante mi reticencia en el hablar, al no haber querido mencionar la muerte de Bert. Sonrió comprensivamente y se retiró.

Volví con Morgana a su cuarto y cerré la puerta.

—Y ahora, cuéntame —dije, mientras buscaba algo de beber.

Ella se estremeció.

—No sé decírtelo con exactitud. Estaba despierta, aunque en la cama. Miraba a la ventana y pensaba... pensaba en todo lo que me has dicho, Kevin. No podía dormir, compréndelo. Sobre todo, después de haber oído lo que me dijiste antes. De pronto, vi que asomaba la cabeza de un hombre por el antepecho... Luego fueron los hombros. Era evidente que trataba de penetrar en la habitación. Entonces encendí la luz y chillé. Él se marchó inmediatamente y...

—¡Un momento! —dije—. ¿Pudiste verle la Cara? ¿Era alguno de los huéspedes de Table Ridge?

Los ojos de Morgana se desorbitaron.

—¡No! —exclamó—. Jamás en mi vida le había visto antes de ahora, Kevin.

—Pero le viste, ¿sí o no?

—Fue un instante tan solo... El creía que yo debía estar dormida, por eso mi gesto al dar la luz le cogió tan desprevenido. Desapareció inmediatamente, pero pude verle la cara. Era un hombre ya viejo, con bigote y perilla.

¡Un hombre viejo, con perilla y bigote!

Me quedé mirando a la muchacha con aire estúpido. Luego, de repente, soltándola, corrí hacia la ventana.

Me asomé por el alféizar, con la pistola en la mano. Había una pequeña escalera de mano, adosada al muro, de modo que permitía, puesto un hombre de pie en uno de sus últimos peldaños, asirse con ambas manos al antepecho y luego izarse a pulso. Aquel era el medio que el asesino había empleado para llegar a la habitación de Bert y también para introducirse en la casa seguramente más de una vez, con objeto de hablar con Toll.

Había un poco de luna, que iluminaba vagamente los objetos. Pero su luz era tan escasa que apenas si se divisaban otra cosa que sombras borrosas que na permitían distinguir si se trataba de objetos o de personas.

Súbitamente, a lo lejos, a mucha distancia, sonó un grito agudísimo. El grito llegó con escaso volumen y na volvió a repetirse.

—Kevin, tengo miedo —dijo la muchacha, agarrándoseme con fuerza, mientras temblaba de pies a cabeza.

—Escucha, vamos a hacer una cosa —dije—. Aquí no puedes continuar. Esto es evidente. Vendrás conmigo a mí habitación y te quedarás en ella. Tú ocuparás la cama y yo me sentaré en un rincón para vigilar tu sueño. De este modo podrás descansar tranquila y sin temores, ¿estamos?

Mi proposición tenía dos motivos, pues acababa de ocurrírseme una idea. Uno de ellos, el indicado. Otro, que el asesino quizá tratase de repetir el golpe aquella noche... y no contra Morgana precisamente.

Ella asintió, todavía con la respiración muy alterada.

—Esperaremos un rato —dije—. Quiero que todo esté en calma para que nadie sepa que estás en mi cuarto, ¿comprendes?

Saqué cigarrillos y le di uno. Luego la hice sentarse en una silla y esperar.

Dejé que transcurriera una hora larga antes de abandonar su cuarto. Luego, tomándola de la mano, la obligué a que me siguiera, moviéndonos con la mayor cautela.

Tampoco encendí la luz en mi habitación. Hice que Morgana se tendiera en mi lecho, mientras formulaba una recomendación.

—Escucha, voy a tratar de tender una trampa al asesino. Tú estabas despierta y el golpe le falló. Quizá más tarde venga aquí para repetir el

golpe conmigo. Es evidente que mi presencia en este mundo no le es deseable, dado que teme que yo acabe por destapar el pastel. Pase lo que pase, no te muevas por nada, ¿estamos? Deja que yo actúe y... no tengas miedo, estoy aquí para defenderte.

Morgana sonrió en la oscuridad.

—Sí, Kevin —dijo.

Me incliné hacia ella y la besé suavemente. Ella me acarició un instante la mejilla y luego me oprimió la mano con gesto lleno de afecto.

A continuación busqué una silla empotrada. Había una situada cerca del rincón contiguo a la entrada, que ofrecía la ventaja de poder vigilar también la ventana. Me senté allí y dejé transcurrir el tiempo.

Las horas pasaron lentamente. La sosegada respiración de Morgana llegó a mis oídos, diciéndome que se había dormido al cabo. Y pareció como si ello me contagiara a mí, porque empecé a dar cabezadas.

Dos o tres veces estuve a punto de dormirme en el mismo sitio, cosa que evité merced a enérgicas reacciones. Pero llegó un momento en que el sueño, más fuerte que yo, empezó a vencerme.

De pronto, oí un pequeño ruidito. Era el del pestillo de la puerta que giraba con terrible lentitud.

Alerté mis sentidos en el acto. ¡El asesino estaba llegando!

CAPÍTULO XVI

Saqué la pistola y me puse en pie sin moverme del sitio. La oscuridad era absoluta, pero habituados mis ojos a las tinieblas, pude distinguir una sombra que se introducía en la habitación. Algo parecido a un hilo de araña brillaba en sus manos.

El asesino trataba de repetir el golpe. Quería hacer conmigo lo que había hecho con Bert. Se iba a llevar un buen chasco, desde luego.

No se había dado cuenta de mi presencia a sus espaldas. Me deslicé lateralmente hasta el interruptor de la luz y lo accioné repentinamente.

El asesino se volvió con gesto fulgurante, deteniéndose en seco al ver la boca de la pistola que le encañonaba con firmeza. Traté de dominar la sorpresa que me producía ver a aquel individuo en mi habitación.

Morgana se sentó bruscamente en el lecho al ser encendida la luz.

—No grites —le advertí, sin dejar de vigilar a Leo.

Las manos del asesino sostenían aún el cable de acero, en tanto que su rostro, habitualmente atractivo, se había deformado con una mueca de odio imposible de describir.

Morgana saltó del lecho y dio la vuelta, poniéndose frente al individuo.

—Jamás te hubiera creído capaz de una cosa tan baja y canallesca, Leo —dijo—. ¿Y eras tú el que constantemente me estaba jurando amor eterno?

El asesino no contestó. Continuaba mirándome fijamente, como buscando en su imaginación un medio de salir de aquel atolladero.

—Tira ese cable, Leo —dije—. Suéltalo a un lado o te perforo la barriga.

Leo obedeció sin más trámites.

—Vuélvete y pon las manos en la nuca. Permanece quieto si quieres seguir viviendo, ¿estamos?

El individuo seguía tan silencioso. ¿Por qué diablos no hablaba?

De pronto, me extrañó una cosa.

—Morgana, ¿es este el hombre que quiso penetrar en tu habitación?

—¡Oh, no, en absoluto! Ya te dije que llevaba bigote y perilla y me pareció, además, mucho más viejo que Leo.

—¿No cabe la posibilidad de algún disfraz, como hizo Toll para poner los telegramas desde Punta Gorda?

Morgana vaciló. En aquel momento, una voz dijo:

—No hay disfraz que valga, al menos para Leo. Fisgón, tire la pistola.

Volví la cabeza con la rapidez del rayo. El viejo del bigote y la perilla estaba asomado a la ventana y tenía otra pistola en la mano, con la cual

me encañonaba directamente.

Hubo una pausa de silencio.

—Baje la pistola, Shadd —ordenó el viejo—. No repetiré la orden, aunque dispare contra mi hijo.

¡Su hijo! ¡Leo era su hijo!

De pronto, aprovechándose de mi indecisión, Leo giró en redondo y me golpeó la mano armada, enviando la pistola a un rincón de la estancia. Antes de que pudiera aprestarme a la defensa, su puño derecho entró en contacto con mi barbilla, dejándome sentado en el suelo.

—Bien hecho, hijo —sonrió satisfecho el viejo. Penetró en la estancia y nos miró a ambos—. Había un disfraz, sí, pero no lo usaba Leo, sino yo.

Pegó dos tirones y se arrancó la perilla y el bigote. Morgana lanzó un grito.

—¡Papá!

Mi mente se negaba a creer lo que estaban viendo mis ojos. Aquello era imposible. Yo había visto degollado al viejo Kessler y no había habido truco ni simulación alguna. La muerte había sido real y auténtica.

¿Entonces?

Una chispa de luz brilló al instante en mi cerebro y lo comprendí, si no todo, buena parte al menos.

Mi... otro... es verdad...

¿El padre de Morgana? Pero si no...

Ambas frases tenían ahora un sentido real y claro. El viejo «gangster» había mentido en un principio al decir que lo de su hermano gemelo era una superchería inventada por él para poder engañar a Morgana. El hermano gemelo era real y existía. Estaba delante de mí, con una pavorosa automática, calibre cuarenta y cinco, en la mano derecha.

—No es tu padre, sino tu tío —dije—. El hermano gemelo que tu padre fingió inventar para achacarle las culpas de sus depredaciones ante ti y así pudieras creerle un honrado negociante. Pero ese hermano gemelo existía... y existe todavía, ¿no es cierto?

Los delgados labios de Kessler se curvaron en una mueca diabólica.

—Así es. Y ahora ya se ha acabado todo. Tu padre, Morgana, dejó mucho dinero, muchísimo. Lo quiero para mí, ¿comprendes? Por eso he hecho todo lo que he hecho, para apoderarme de la fortuna de tu padre... y resarcirme de los largos años que pasé en la cárcel, fingiendo ser él.

Los dientes de Kessler chirriaron.

—Tu padre me dijo que no quería ir a la cárcel y que yo debía tomar su puesto. Me convenció, prometiéndome una gran suma para cuando saliese. ¿Y qué es lo que me dijo cuando me pusieron en libertad? ¡Que podía irme al infierno! ¡Esa fue mi recompensa por haberle sustituido durante diez años en una penitenciaría! ¡Diez años perdidos... para nada!

La expresión del rostro de Kessler era demoníaca. Sus ojos brillaban

como carbonos encendidos y la mano con que sostenía la pistola le temblaba ligeramente.

—He estado preparando la venganza durante largo tiempo —continuó—. Aquel viejo buitres tenía que morir después de lo que me hizo —extendió un ganchudo índice hacia Morgana—. ¡Y tú también morirás, muchacha! El dinero de tu padre será mío. ¿Lo oyes? ¡Mío!

Empecé a sospechar si el gemelo de Kessler no estaría tocado de la cabeza, quiero decir si los diez años de permanencia en la cárcel no habrían afectado a la estabilidad de su mente. ¿A qué, si no, semejante manía homicida?

Luego me miró a mí.

—Y tú, maldito fisgón entremetido, también te llevarás lo tuyo. Sabes demasiado para dejarte con vida. Morgana te gusta, ¿verdad? —Soltó una estridente carcajada—. Pues bien, le harás compañía para siempre... ¡en el infierno!

Sentí un extraño vacío en el estómago al ver la boca de la pistola que me apuntaba directamente. Situado a un costado, Leo presenciaba la escena con divertida indiferencia.

Morgana volvió la vista hacia el joven.

—¿Vas a dejar que tu padre me asesine? —preguntó, con voz dolida.

Leo alzó los hombros.

—No veo otra forma de apoderarme de tu dinero, querida.

—Podrías tenerlo igual sí... —era evidente que a la chica le costaba un gran esfuerzo hablar de aquella manera, expresando algo que le repugnaba íntimamente. Hizo una pausa, inspiró con fuerza y siguió—: Me casaré contigo si dejas libre a Kevin, Leo.

El rufián escupió desdenosamente.

—Mira, querida primita —contestó—. Eres una muchacha muy linda, y no hay por qué negarlo, lo suficientemente hermosa como para volver loco al más sensato. Pero con dinero, ¿no crees que podría encontrar mujeres tan bonitas como tú o más?

El cinismo de aquel individuo era verdaderamente repulsivo. Daba náuseas.

Morgana se mordió el labio inferior. Luego, dijo:

—Si me matas, Nute es el albacea y no soltará un céntimo —dijo.

—Yo me encargaré de ese hijo de perra de Nute —barbotó el viejo.

Yo me enfrenté con él.

Dicen que a los locos, para dominarlos, es preciso seguirles la corriente. Traté de ganar tiempo, distrayéndolo un poco.

—¿Cómo se le ocurrió organizar todo esto, Kessler? —pregunté.

El ex presidiario sonrió satisfecho.

—Fue cuando el puerco de Burl me envió a paseo, sin querer darme ni un centavo después de haber estado diez años en la cárcel, supliéndole. Y

no era la primera vez que lo hacía, para proporcionarle una coartada, cuando él tenía que realizar alguna de sus faenas. En esta ocasión, sin embargo, se pasó de la raya. Entonces empecé a discurrir un plan para vengarme. Morgana me lo dio hecho al tropezarse casualmente con Leo. Yo le dije a Leo entonces lo que debía hacer, y por sugerencia mía, la hizo venir aquí con toda esta cuadrilla de zánganos —Kessler soltó una risita irónica—. La pobre es tonta de remate y creyó que de veras protegía a unos artistas en ciernes, que un día la harían famosa por haber sido su Mecenaz. No se daba cuenta de que no era otra cosa que una marioneta cuyos hilos movía Leo por indicación mía. Durante este tiempo, Leo estudió a los huéspedes y eligió a los que creyó iban a poder servirle mejor para nuestros planes. Bert, Toll, Ida... parecieron los más dúctiles... y los que tenían más pánico a quedarse sin el maná que les llovía de la cuenta corriente de Morgana. Cuando Leo los hubo trabajado bastante, bajo la base de que si un día el padre de Morgana se enteraba del asunto cortaría inmediatamente la asignación monetaria, empezó a actuar. Toll se disfrazó de mujer y puso aquellos telegramas. La reacción de mi hermano fue la que cabía esperar: amenazar a Morgana con la supresión de toda entrega de dinero si no desalojaba Table Ridge de huéspedes indeseables. Entonces, Leo convenció a Bert y a Toll de que era preciso dar un susto a mí hermano. Y ellos accedieron, convencidos de que se trataba únicamente de eso, de un simple susto. Fueron a Naples y me ayudaron con el tiroteo para dejar a mí hermano sin la protección de Nute. Y mientras tú y Nute estabais en el patio, yo subí por la veranda y...

Morgana lanzó un gemido y se cubrió los ojos con las manos.

Sonó una risita sardónica.

—No te lo tomes tan a pecho, sobrina —exclamó Kessler, desvergonzadamente—. Burl tuvo la muerte que se merecía. Lástima que no aseguré demasiado el golpe y dejó una pista.

—Por eso envió usted a aquellos dos gorilas primero a sustraerme la tal pista, y luego, en vista de que el golpe le había fallado, al tipo que nos tiroteó en el pantano cuando vio que acaso podíamos esquivar el puente aserrado —dije, pensativamente.

—Sí. Eran viejos amigos míos de la penitenciaría —asintió el forajido—. Lo siento por ellos. En realidad, casi no debiera haberlo hecho, pero quería saber qué era lo que mi hermano había dejado escrito.

—Quiso decir que la existencia de un hermano gemelo suyo era realidad y no una ficción, como siempre había mantenido delante de su hija —contesté. Luego dije—: Y supongo que Bert y los otros se quedarían helados cuando vieron que la broma que había que dar a Kessler consistía en degollarlo.

—Sí —concordó el viejo—. Se sintieron blandos y... Bueno, peor para ellos.

—¿Fue Toll el que mató a Ida? —pregunté.

Kessler denegó con la cabeza.

—No. Pero se enteró de que había muerto y le entró un pánico cervical. Los cocodrilos se habrán dado un buen festín con sus huesos.

Recordé el grito que había oído antes. No me cupo la menor duda de que el rufián decía verdad.

—¡Bueno! —exclamó Kessler—. Esto se acaba ya, muchachos. Lo siento por vosotros, pero no tengo otro remedio. Tu padre, Morgana, dejó una saneada fortuna y tengo ganas de disfrutarla. Y Leo no digamos, ¿no es cierto, muchacho?

El aludido sonrió desvergonzadamente. Agachándose, recogió el cable de acero y probó su solidez.

—Claro —dijo con un acento que helaba la sangre en las venas.

—No temáis, chicos —manifestó Kessler—. Os daré antes un golpe en la cabeza para atontaros. De este modo no padeceréis... y yo no haré ruido, que es lo esencial.

La luz del día empezaba ya a filtrarse por la ventana. Me dije que antes que dejarme ahorcar como un pollito, haría cualquier cosa por defender mi vida y la de Morgana. Crispé los puños, aprestándome a la defensa.

Kessler avanzó hacia mí.

—Vuélvete, fisgón.

Vacilé unos segundos. El asesino se impacientó.

—No me hagas repetirlo —gruñó—. ¡Vuélvete de espaldas!

Miré a Morgana. Ambos nos sentíamos impotentes para evitar lo que parecía inevitable. Empecé a girar sobre mis talones.

Y en aquel momento, ocurrió lo imprevisto. La puerta se abrió con violencia.

—¡Kevin! ¿Tienes a mano una aspirina?

CAPÍTULO XVII

La pregunta, tan incongruente y absurda en aquellos momentos, procedía de Rita, la cual había irrumpido en la habitación sin sospechar lo que sucedía. Y al abrir la puerta, ocurrieron varias cosas.

Una de ellas, la primera de todas; fue que la morena lanzó un chillido capaz de quebrar los vidrios a una milla de distancia.

La segunda fue una imprecación de Kessler. Y la tercera, que Leo fue empujado por la puerta, al hallarse demasiado cerca de ella y tropezó con su padre.

Era necesario no desaprovechar la oportunidad si queríamos seguir viviendo. Ahora ya no eran dos, sino tres las vidas que estaban en juego, porque era lógico suponer que el asesino no iba a permitir que Rita siguiera con vida.

Salté hacia adelante, empujando a Leo con la cabeza y haciéndole caer por el suelo patas arriba. El joven lanzó una obscena interjección.

Casi en el acto, me volví hacia el forajido, en tanto las mujeres gritaban a más y mejor. Kessler disparó una vez y el fogonazo me chamuscó un lado de la cara...

Agarré su mano derecha y se la retorcí cruelmente. El viejo, no sé si por la misma excitación que le poseía, o porque estaba loco de veras, desplegó una fuerza descomunal y se resistió tenazmente, a todos mis intentos para desarmarle.

Luchamos como fieras. No se trataba de un juego, sino de algo mucho más serio: la propia vida. Caímos rodando por el suelo, peleando salvajemente por la posesión de la pistola.

De pronto, el arma se disparó. La detonación sonó tan cerca de mi oído que me ensordeció. Casi no pude oír el grito de agonía que se escapó de los labios de Kessler.

Su cuerpo se relajó de inmediato. Le arrebaté la pistola, tomándosela de sus dedos ya sin fuerzas, y me puse en pie, volviéndome hacia el lugar donde suponía debía hallarse Leo.

—¡Se ha escapado! —gritó Rita, señalando hacia la ventana.

El individuo se había portado cobardemente al ver que la partida empeñada peligraba. En aquel momento, un atroz ronquido llamó mi atención.

Kessler pateó un poco y luego se quedó inmóvil, en tanto que una mancha de sangre, cada vez mayor, se extendía por su pecho.

Miré a Morgana. Estaba bien. Luego me precipité hacia la ventana.

A lo lejos pude ver correr a un individuo. Sin vacilar, me puse la pistola

en el cinturón y utilicé la escalera para descender hasta el suelo. Acto seguido, corrí en persecución de Leo.

—¡Párate! —le grité un par de veces sin el menor resultado.

Entonces me detuve.

Doblé el brazo izquierdo y apoyé en el mismo el cañón de la pistola, para tomar puntería. No quería matarlo, sino solamente herirlo a fin de detener su alocada carrera.

De pronto, Leo cayó en las aguas del pantano. Un alarido infrahumano se escapó de sus labios.

Corrí hacia él. Leo estaba hundido en el agua hasta el pecho y chapoteaba vanamente en su intento por asirse a las hierbas de la orilla.

En el momento en que me acercaba a él, divisé las, oscuras estelas de media docena de saurios que se le acercaban velozmente. Leo también lo advirtió y emitió una serie de chillidos que me pusieron los pelos de punta.

Traté de salvarle, disparando contra los reptiles. Pero agoté la munición del arma, antes de haber conseguido un resultado positivo.

Los saurios se le echaron encima y comenzaron a devorarlo.

Durante unos momentos, se produjo allí un espantoso burbujeo de agua y fango que espumeaba constantemente. Luego, enormes manchas de sangre afloraron a la superficie y los remolinos decrecieron lentamente.

CAPÍTULO XVIII

Rita estaba cantando en «La Posada de Sevilla» con notable éxito. Y yo la estaba escuchando con gran complacencia, porque veía que triunfaba y había enderezado el rumbo de su vida.

Pero al mismo tiempo, un agridulce sentimiento invadía mi corazón. ¿Dónde estaba Morgana? ¿Qué se había hecho de ella después de tan terribles sucesos?

La silueta de una persona se detuvo de pronto junto a mí mesa. Levanté los ojos.

—Morgana —dije, suavemente.

Ella se sentó a mí lado, cogiéndome las manos.

—Kevin, he venido a buscarte... si tú quieres que te busque —murmuró.

—Sé lo que tratas de decirme —contesté—. Olvídalo. El pasado no cuenta. Tú no fuiste sino una víctima inconsciente de las circunstancias. No tienes nada de qué reprocharte.

—Gracias, Kevin —sonrió. Estaba muy pálida, lo cual indicaba sus padecimientos morales de los últimos tiempos—. Tengo que decirte una tosa.

—¿Sí?

—Hablé con Nute. Firmé un acto de cesión total de mi herencia. No quiero un céntimo de aquel dinero. Es dinero ganado con sangre y lágrimas. Lo único que siento es no poder devolver todo el que gasté.

—En aquel entonces tú no sabías nada —afirmé.

—Lo he cedido todo a entidades benéficas.

—Es lo mejor que has podido hacer querida. Y no te preocupes. No soy rico... pero gano lo suficiente para los dos. Podremos vivir sin agobios, sin grandes dispendios, pero tampoco necesitaremos nunca pedir un dólar prestado.

Morgana sonrió.

—Es un programa maravilloso... a tu lado, Kevin.

Me puse en pie y dejé un billete sobre la mesa.

—Vamos a dar comienzo al programa inmediatamente, ¿quieres?

Ella asintió con ojos brillantes. Se puso también en pie.

—Aguarda un momento —dije, volviéndome hacia el escenario.

Rita nos vio y nos mandó un sonriente saludo con la mano. Salimos del local.

—Los zánganos se dispersaron. Kevin —manifestó la muchacha—. Ahora me pregunto cómo pude ser tan tonta que...

—Olvidalo, ¿quieres? No mires ya nunca hacia atrás, sino hacia adelante, hacia nuestro futuro.

—Sí, Kevin —suspiró ella, apretándose contra mí, en tanto caminábamos hacia el automóvil.

Pero estaba escrito que aún teníamos que echar una mirada al pasado. Un vendedor de periódicos pasó voceando.

—¡Ajuste de cuentas entre pandilleros! ¡Nute Flynn acribillado a balazos por unos desconocidos!

Morgana se estremeció.

—Era un final lógico para él —sentenció.

Ella asintió sin contestar.

Abrí la portezuela del coche. Morgana se sentó a mí lado.

No pude resistir la tentación y rodeé sus hombros con mi brazo, atrayéndola hacia mí.

Busqué sus ojos con los míos. Era la mejor forma de mirar hacia el futuro.

F I N

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Joe Mogar
**No te fíes
de las
damas**



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO BLANCO



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA

por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO

por Lloyd Bridges

"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD

por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE

por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL

por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



COLECCION
IRIS

**COMO VIVIR 365 DIAS
AL AÑO**

**ARTRITIS Y SENTIDO
COMUN**

**EL ARTE DE DESCANSAR
NUESTRO PRIMER HIJO**

BAILAR ES FACIL

VIVIR MEJOR

**VIVA EN PAZ CON
SUS NERVIOS**

**COMO ADQUIRIR UNA
SUPERMEMORIA**

INGLES PRACTICO

**CONVERSAR Y CONVENCER
FECUNDACION CONTROLADA**

**LA CLAVE DE LA
GRAFOLOGIA**

MEDICINA POPULAR

HIPNOTISMO

VIVIR Y CONVIVIR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

819 — Amparo Lara
UN VESTIDO NUPCIAL

COLEC. "MADREPERLA"

715 — G. Colomer
LA CHICA DE SORRENTO

COLECCION "ROSAURA"

659 — E. Aguilar de Rücker
UN HOMBRE ANTE SU
PUERTA

COLECCION "AMAPOLA"

546 — Marisa Villardefrancos
EL TRIBUTO DE LOS CIEN
BESOS

COLECCION "ALONDRA"

455 — Jesus Navarro
LA VENDEDORA DE
FELICIDAD

COLECCION "CAMELIA"

421 — Corín Tellado
ARTURO Y MI HERMANA

COLECCION "CORAL"

96 — Corín Tellado
ATREVIDA APUESTA

COLECCION "CORAL"

220 — Corín Tellado
TE VI AL AMANECER

COLECCION "BISONTE"

760 — Raf Segram
UNIDOS POR LA MUERTE

COL. "SERVICIO SECRETO"

624 — Clark Carraños
LA HIJA DEL "GANGSTER"

COLECCION "BUFALO"

457 — M. Lafuente Estefanía
REHABILITADOS

COLECCION "TEXAS"

325 — Meadow Castle
LOBOS DE GARITO

COLECCION "COLORADO"

249 — Keith Luger
EL MERCENARIO

COLECCION "KANSAS"

215 — Orland Garr
"LUCKY FLOWERS"

COLECCION "CALIFORNIA"

304 — M. Lafuente Estefanía
LLEVADOS PARA COLGAR

Col. "HEROES DEL OESTE"

197 — M. Lafuente Estefanía
EMISARIOS DE MUERTE

COL. "ASES DEL OESTE"

167 — Fidel Prado
ASI PAGAN LOS HOMBRES

COLEC. "BRAVO OESTE"

79 — Alf. Regaldie
SE BUSCA UN ASESINO

COLEC. "PUNTO ROJO"

13 — Joe Mogar
TESTAMENTO SINIESTRO

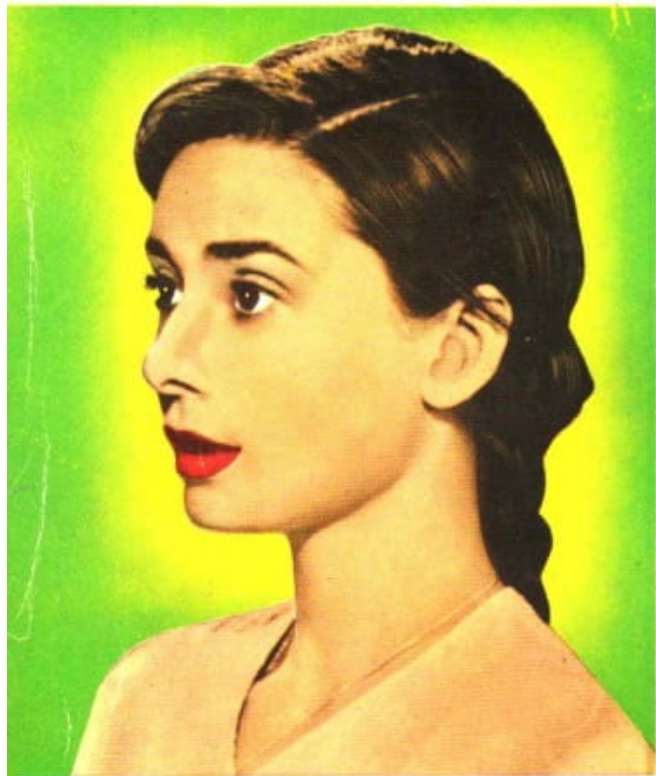
Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hípólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Interocehuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Busó - Estrella, 133 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsalibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 342 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
cua a la Cruz, 178 - CARACAS.



Audrey Hepburn

N.º 1474

Nació en Bruselas, Bélgica, el 4 de mayo de 1929, está casada con el actor-director Mel Ferrer, de cuyo matrimonio tienen un hijo llamado Sean. La última película de esta actriz es "Desayuno en Tyffany".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORELA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain